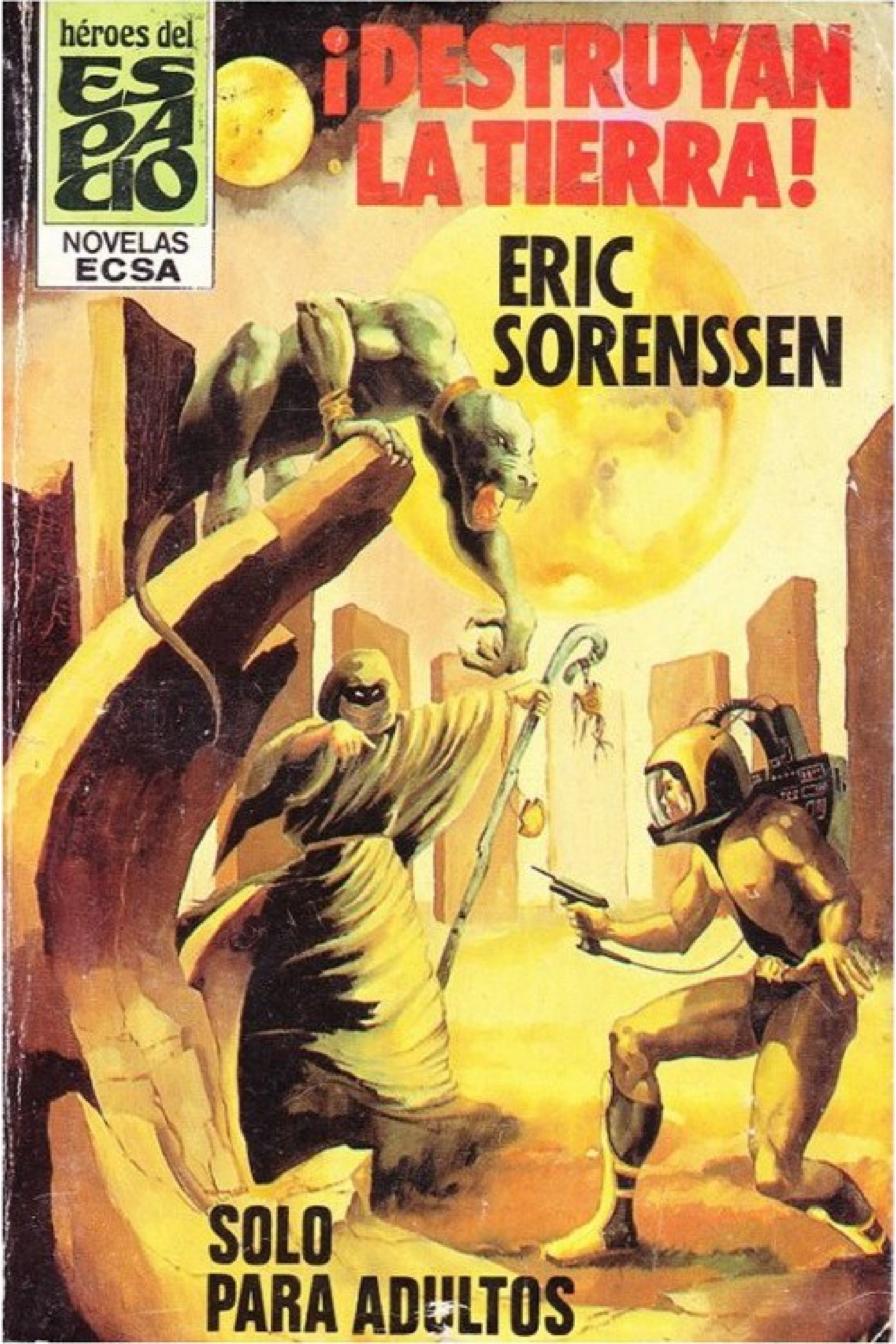
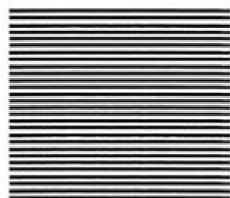
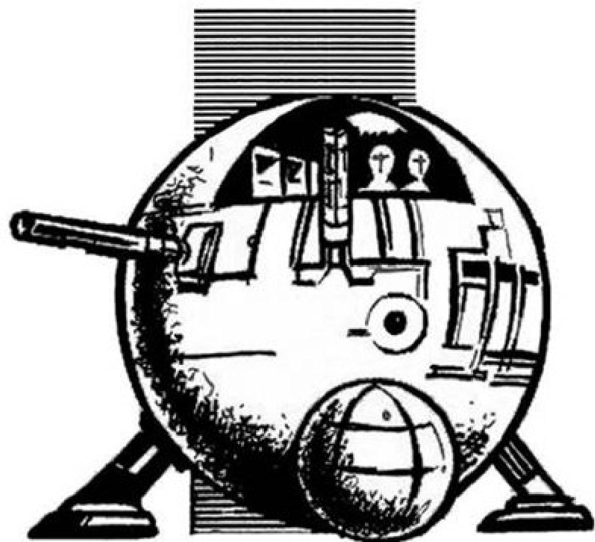

héroes del
ESPACIO
NOVELAS
ECSA
¡DESTRUYAN
LA TIERRA!
ERIC
SORENSSEN
SOLO
PARA ADULTOS



héroes del ESPACIO



ECSA

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

28 - *El caballero de las estrellas* - Clark Carrados.
29 - *La tribu de Shalaw* - Adam Surray.
30 - *Hombre cero* - Law Space.
31 - *El reino de los seres de hielo* - Joseph Berna.
32 - *La última barrera* - Clark Carrados.

ERIC SORENSSEN

¡Destruyan la Tierra!

Colección
HEROES DEL ESPACIO n.° 33
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.

AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (6)

ISBN 84-85626-56-7
Depósito legal: B. 30.746 - 1980
Impreso en España - Printed in Spain
1.ª edición: diciembre, 1980

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A
Agramunt, 8
Barcelona - 6

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1980

CAPÍTULO PRIMERO

El joven capitán René Bastierre estaba contento esa soleada tarde de abril.

Y tenía motivos para estarlo. Con el sargento Duval y el cabo Pertier, sus dos fieles de siempre, habían registrado a fondo las granjas de los alrededores y en una de ellas encontraron un pollo.

Podían haber matado al granjero y a su mujer, pero se contentaron con llevarse el codiciado manjar y asarlo en el bosque, próximo al acuartelamiento.

Ahora, echado sobre su cama y fumando un cigarrillo, rememoraba con delectación el aroma de la grasa que chorreaba del ave y el delicado sabor de la carne de su pechuga.

Por respeto a la jerarquía, los otros dos le habían concedido la pechuga.

Tal vez porque tenía el estómago lleno, la nostalgia comenzó a invadirle.

Recordó los días felices de su infancia, cuando comer pollo era casi signo de pobreza...

Había nacido en París, en noviembre de 1970, pero, claro está, él no se acordaba de tan lejanos tiempos.

Sus primeros recuerdos ya estaban ligados a los árabes y al petróleo.

Durante muchos años había creído a pies juntillas que un bandido árabe se había introducido en su casa y había robado a sus padres todo su dinero.

Pero a los diez años esa fantasía infantil se borró definitivamente de sus creencias, aunque no de su recuerdo.

Como todos los niños, había mezclado realidad y fantasía, cuentos con noticieros de la tele.

De todos modos, él había llegado a vivir la Prosperidad, aun en su adolescencia.

Ahora parecía increíble, pero en aquellos tiempos las carreteras estaban abarrotadas de vehículos a motor *que funcionaban.*

Ir de un extremo al otro del mundo era cosa de todos los días y los aviones simplemente comerciales llegaron a volar a más de dos mil kilómetros por hora…

Felizmente, vino no faltaba.

René se izó hasta el cerrado armario situado sobre su cama, donde guardaba celosamente dos botellas del preciado zumo de las vides.

De nuevo acomodado para la nostalgia, descorchó una botella con los dientes y bebió un largo trago.

Emborracharse era el medio más accesible y utilizado para olvidar.

Aunque, claro está, siempre se despertaba nuevamente.

No siempre. Nueve días antes, Pierre Lamotte, capitán como él, había agregado una generosa ración de somnífero a su vino y no había vuelto a despertar.

Un camino que, más tarde o más temprano, casi todos seguían.

Pero, de momento, el vino animó a René. Le animó —como siempre— a seguir recordando.

¿Qué fecha podía señalarse como la del principio del fin?

Imposible saberlo. El no era ni mi historiador ni un filósofo.

Posiblemente, como no se cansaban de decir en sus ilegales manuscritos los disidentes, la culpa fuera de todos los «civilizados» por su derroche de petróleo y, principalmente, por su insolidaridad.

De todos modos, el 5 de enero de 1985 fue, sin lugar a dudas, una fecha clave.

René recordaba con todo detalle ese nefasto día.

Ya hacía varios años que se vivía entre grandes restricciones y las calefacciones apenas calentaban durante esos crudos días invernales, pero todavía se podía vivir bastante bien.

Maravillosamente bien, a comparación de lo que vendría después.

A punto de reiniciar las clases en el Instituto, tras las vacaciones de Navidad, René pensaba poner los zapatos esa noche para que, siguiendo la inveterada costumbre, los «Reyes» le trajeran el ciclomotor con el que soñaba.

La primera noticia de la tragedia la tuvo cuando, todavía la familia sentada a la mesa tras la comida, su hermano Paul conectó el televisor para escuchar las noticias.

Un locutor, que parecía francamente asustado, anunció que hablaría al país el mismísimo presidente de Francia, para dar una noticia de trascendental importancia.

La noticia, como es sabido, era la explosión de la central nuclear de Vierjoiansk, en la Siberia soviética.

«Se ignora la cifra de muertos —decía el presidente—, aunque se supone que serán decenas de millares.»

Después se supo que habían sido *centenares de miles*, pero no era esto lo que aprisionaba como en un puño el corazón de René y su familia, y de todos los millones que en el mundo se enfrentaban al posible holocausto.

«Pero nada debemos temer los franceses —había dicho, más o menos, el presidente, para disipar los temores—, porque la onda de contaminación es llevada por fuertes vientos hacia las regiones árticas y el mismo Polo Norte, donde acabará por desaparecer.»

Así había sido, en efecto, en cuanto a la radiación. Pero la «reacción en cadena» provocada por la explosión resultó imparable.

Los movimientos ecologistas y antinucleares, que ya tenían mucha fuerza por esos tiempos, comenzaron a ganar elecciones.

Primero fueron Bélgica, Holanda y Luxemburgo, pero después fue Alemania Federal, Francia y, por último, todo el resto de lo que todavía era la Comunidad Europea de Naciones.

Los «verdes» como se les llamaba a los antinucleares, nunca llegaron a dominar en los Estados Unidos de América y, mucho menos, en la Unión Soviética, pero fueron lo suficientemente fuertes como para detener el programa de instalación de nuevas centrales nucleares y, finalmente, también de paralizar las actividades de las ya existentes en todo el mundo.

El petróleo ya era escaso por aquellas fechas y la desaparición de las fuentes nucleares lo hizo escasear más aún.

Los gobiernos lanzaron a finales de 1986 la llamada «Campaña Solidaria», que sólo sirvió para demostrar la total insolidaridad entre los bloques políticos, las naciones, y hasta los vecinos de una misma escalera.

Desde la OTAN y el Pacto de Varsovia, hasta las familias de

clase media, pasando, claro está, por todos los gobiernos del mundo, todos se lanzaron a la desenfrenada carrera de almacenar petróleo.

Cualquier recipiente era bueno para tal fin y la In-tertel mostró en las pantallas de televisión del mundo entero las imágenes de la inmensa piscina de una rutilante estrecha cinematográfica ahora llena del preciado oro negro.

Esto podía ocurrir en 1986 o 1987, porque algunos años más tarde nadie se animaba a hacer ostentación de sus «reservas energéticas».

Todavía en 1992 se dio trascendencia a la noticia de un hombre que, para poder trasladar en coche a su mujer moribunda hasta el hospital, asesinó a su vecino y amigo, a quien sabía poseedor de una reserva de veinte litros de gasolina, que ocultaba para una emergencia.

A partir del 17 de agosto de 1994, ese tipo de noticias ya no se difundió por ningún medio. Los hubiera saturado a todos…

Porque en esa fatídica fecha, Arabia Saudí anunció al mundo que el último de sus pozos en actividad acababa de agotarse.

Desde entonces, pensaba René, los acontecimientos se habían sucedido a velocidad de vértigo.

Diciembre de 1994 fue la horrible matanza de Detroit, cuando toda una División del ejército de los Estados Unidos se enfrentó al casi medio millón de desesperados obreros de las paralizadas fábricas de automóviles.

Aunque nunca se publicaron cifras oficiales, observadores muy prudentes estimaban en unos veinte mil los muertos durante esas trágicas jornadas, durante las cuales medio Detroit fue destruido por las hordas incontenibles.

En julio de 1995 estalló la ridícula pero tan mortífera Guerra del Carbón, o Guerra de las Seis Horas.

En un desesperado intento por hacerse con el control de las minas de carbón del Ruhr, los soviéticos lanzaron una tremenda ofensiva desde los límites occidentales de la Alemania Oriental.

El masivo y arrollador ataque —todavía existían en la URSS reservas de petróleo suficientes para impulsar aviones, carros y camiones—, llevó a los atacantes en muy pocas horas hasta escasos kilómetros de su objetivo, diezmando a los escasos efectivos de la

OTAN que intentaron hacerles frente.

Pero entonces los Estados Unidos lanzaron tres —sólo tres— misiles aire-tierra con cabeza nuclear, sobre Leningrado, Kiev y Rostov, dando una hora de plazo a los soviéticos para iniciar la retirada, so pena de destruir Moscú y cinco ciudades más.

Los del Kremlin sabían perfectamente que ellos, a su vez, podían destruir, antes de la hora de plazo, Washington y diez ciudades de los Estados Unidos, amén de todas las capitales de Europa Occidental, pero juzgaron el riesgo demasiado elevado y se retiraron.

La guerra sólo duró seis horas y treinta y cinco minutos.

Según cálculos nunca confirmados, murieron en ella alrededor de medio millón de seres humanos, de ambos bandos.

A finales de 1996 estalló el escándalo Sykes.

Howard Sykes era un científico norteamericano, especie de ideólogo y mentor de los «verdes» de su país.

En 1987 había ganado el Premio Nobel de Física por su contribución al aprovechamiento de la energía solar. Una energía que diez años después ya no se seguía intentando utilizar, por el exagerado coste de sus instalaciones, en relación con los excesivamente escasos resultados que de ella se obtenía.

A comienzos del invierno de 1996, los gobiernos europeos integrados en la OTAN habían hecho un dramático ruego conjunto al presidente de los Estados Unidos, para que les entregara de sus reservas la cantidad necesaria de petróleo para mantener en actividad potencial a un mínimo de fuerzas defensivas.

El gobernante americano respondió lamentándose de no poder prestarles esa ayuda por carecer —dijo— de más reservas que las mínimas aceptadas para todos los miembros del Tratado.

Esto significaba, lisa y llanamente, dejar a Europa Occidental en manos de la URSS.

Un mes después de la declaración presidencial, Howard Sykes escribió la primera de sus famosas cartas al *Washington Post*.

En ella denunciaba, dando toda clase de detalles, la existencia de depósitos secretos de petróleo en Estados Unidos.

En una segunda carta precisaba aún más el emplazamiento de dichos depósitos y hacía cálculos sobre el combustible que almacenaban, una cantidad que superaba en más de cien veces el

límite acordado con los aliados europeos.

Nunca hubo tercera parte, porque Sykes fue asesinado en su laboratorio por «persona o personas desconocidas».

Pero la reacción que provocaron sus denuncias y su asesinato fueron imprevisibles.

En los mismos Estados Unidos, una fuerza de varios centenares de miles de enfurecidos «verdes» arrollaron todo lo que intentó oponerse a su paso —brigadas del ejército incluidas— y prendió fuego a dos de los tres depósitos clandestinos denunciados por el científico.

Mucho más grave fue la reacción europea.

Primero Francia, después Alemania Federal y, finalmente, todos los otros miembros, decidieron desvincularse de los Estados Unidos de América en lo referente a temas de defensa.

Después de casi cincuenta años de vida, la OTAN acababa de morir.

Pero el escándalo Sykes fue una especie de detonador.

Sin tan exactos datos como los aportados por el americano, varios disidentes soviéticos lanzaron iguales acusaciones contra su gobierno.

Los movimientos separatistas de Polonia, Checoslovaquia y Hungría se hicieron eco inmediato de ellos y se apresuraron a convencer a sus respectivos gobiernos de la necesidad de romper el Pacto de Varsovia.

Los gobiernos, presionados por una inmensa mayoría de la opinión pública, accedieron a ello.

La. URSS amenazó con enviar —como lo hiciera en otros tiempos— tanques y aviones, pero sus amenazas sólo cosecharon risas entre sus antiguos satélites.

Pero ninguno de ellos ignoraba que, aun utilizando todas sus secretas reservas, no serían muchos los tanques y los aviones soviéticos que podrían llegar hasta sus tierras...

Los grandes bloques ya no existían, pero no pararía allí la cosa.

En Europa comenzaron a aparecer los llamados «lujos de Sykes».

.

Casi no pasaba semana —desde comienzos de 1997 hasta finales de siglo— en que no apareciera algún denunciante de depósitos secretos de combustible.

La primera gran afectada fue Alemania Federal que, tras la evaporación de la OTAN, había firmado un pacto defensivo bilateral con Francia.

Un espía soviético en Bonn logró hacerse con el dosier completo de los depósitos que la República Federal ocultaba en el extremo norte de Schleswig-Holstein y en Baviera. La URSS, ni corta ni perezosa, entregó la documentación al gobierno francés.

Veinticuatro horas más tarde el pacto defensivo estaba roto y Francia comenzaba a armar, con los escasos medios de que podía disponer, su frontera con Alemania.

—Y ése es el motivo por el cual yo estoy aquí —rió René, a las sombras que comenzaban a invadir su cuarto.

Ya estaba lo suficientemente borracho como para no tener que ir a recoger su ración nocturna de judías y patatas, o del inmundo potaje que esa noche se sirviera.

—Sí —razonó, ya medio dormido—, el vino es el mejor amigo del hombre. No sólo te ayuda a olvidar, sino que también te quita el hambre.

Pese a las brumas de su cerebro, depositó con sumo cuidado la botella en el suelo, junto a su cama. Aún quedaba algo de vino en ella y no era cuestión de derramarlo.

A través de la ventana cerrada del cuarto llegaba la voz de un solitario cantor que, acompañándose con una guitarra, hablaba de tiempos en los que había «calor y comida».

«En esos tiempos —decía el cantor— todos nos amábamos *con mucha energía.*»

CAPÍTULO II

A las siete y cinco de la mañana siguiente, René fue despertado violentamente por el sargento Duval.

—Capitán..., capitán —le urgía el subordinado—. Una banda de marginales... ¡Levántese!

La palabra «marginales» penetró el etílico —o pos etílico— sueño del oficial, que se incorporó de un salto.

—¿Dónde? —preguntó.

—En la granja Colín, a unos cinco kilómetros de aquí.

—¿Están listos los hombres?

—Sí, mi capitán. Quince hombres y el cabo Pertier.

—¿Se sabe cuántos son los marginales?

—No exactamente... Pero no más de quince o, todo lo más, veinte.

—¿Qué armamento poseen?

—Lo de siempre... Escopetas de caños recortados, pistolas, puede que alguna metralleta.

—Entonces tú y yo iremos con metralletas. Los demás con el armamento de rutina.

—Ya lo había dispuesto así, capitán.

—Bien, Jacques, siempre sabes lo que hay que hacer... ¡Vamos a acabar de una vez con esos marginales!

Antes de abandonar el edificio de los oficiales, René se bebió un gran vaso de leche. El café escaseaba enormemente, pero, al menos en esa parte de Francia, las vacas seguían activas.

En el patio del acuartelamiento le esperaba formada su pequeña tropa, cada uno junto a su vehículo.

El cabo Pertier sostenía el de René y el suyo propio, y uno de los soldados, el de Duval.

A una orden del capitán todos montaron en ellos y comenzaron

a pedalear rítmicamente, al paso que les marcaba su jefe.

Como todas, la carretera estaba llena de baches, pero ellos la conocían lo suficientemente bien como para transitar a buena velocidad y sin riesgo.

Al frente, una columna de humo denso y negro señalaba la situación de la granja Colin y la destrucción que los marginales estaban practicando en ella.

En el ejército y en los periódicos murales del gobierno se les llamaba «marginales» por denominarlos de algún modo, pero esas bandas de hombres y mujeres que atacaban a las patrullas, robaban en los caminos y asaltaban las granjas, no pertenecían a ninguna categoría social o económica definida.

Había entre ellos auténticos delincuentes, que robaban y mataban por placer y ánimo de fácil lucro, pero éstos eran los menos.

Los más eran hombres y mujeres desesperados, que robaban para comer, para asegurarse por unas semanas o por un solo día una subsistencia que no se sabía demasiado bien por qué tenían tanto interés en prolongar.

Casi todos ellos eran antiguos obreros y empleados de las fábricas cerradas, que recorrían en pequeños y no tan pequeños grupos las carreteras de Europa y de los Estados Unidos.

Evitaban el paso por las grandes ciudades y, generalmente, dormían durante el día en las factorías abandonadas o en los grandes matorrales y bosques que, como una respuesta a las oraciones de los «verdes», parecían crecer de la noche a la mañana por todas partes.

Algunas bandas —las más peligrosas— estaban formadas por grupos de soldados, suboficiales y oficiales desertores de veinte ejércitos distintos, hartos de cobrar magros sueldos, comer mal y vivir bajo el constante temor de ser asesinados por los bandidos o los ocasionales enemigos de su país.

Porque, desde la reciente ruptura de tratados, comunidades y alianzas, las guerras fronterizas eran pan cotidiano en todo el mundo.

Algunos peleaban para hacerse con un trozo de tierra fértil del vecino, otro por un par de minas del preciado carbón y casi todos como un medio de autodefensa, de probar a los demás que aún

tenían armas y muchas municiones.

Pero como se había renunciado definitivamente al uso de la energía nuclear, en esas guerras moría poca gente.

Junto con el aumento de los espacios verdes y la consiguiente disminución del aire contaminado, la imposibilidad de la guerra atómica era una de las pocas consecuencias positivas de la desaparición del petróleo en la Tierra.

El carbón no podía hacer volar a los aviones y la reconversión de los barcos con armamento atómico para que utilizaran ese combustible como fuente de energía, era excesivamente onerosa para las pauperizadas economías del mundo.

Por otra parte, todo proceso industrial sofisticado era imposible, ya que las maquinarias que funcionaban accionadas por el petróleo y sus derivados eran inútiles.

Y no se podía fabricar otras por falta, precisamente, de petróleo.

La industria había regresado al siglo XIX, convirtiéndose en algo casi artesanal y primario.

De todos modos, nadie tenía dinero para adquirir casi nada, por lo que la falta de ofertas de manufacturas no preocupaba demasiado.

Lo que sí preocupaba era la comida. Por eso los objetivos preferidos de las bandas de marginales eran las granjas y, en especial, las granjas protegidas.

Las que trabajaban para el Estado —para todos los Estados— y en las cuales se criaban terneras y pollos y se cultivaban desde las infaltables patatas hasta el codiciado trigo.

La granja Colín era una Granja Protegida.

La «protección» significaba, tanto que el Estado garantizaba la compra a precios de sostén de toda su producción, como que las tropas protegían a hombres y animales contra los ataques de los bandidos.

Pero esta vez, como tantas otras, la protección iba a llegar tarde.

Para el ejército, cada vez más raleado por las muertes y las constantes deserciones, era imposible cubrir todos los objetivos que se le asignaban.

El 121 Regimiento de Infantería Motorizada, al que pertenecía René, tenía como verdadera misión la cobertura de veinte kilómetros de frontera franco-alemana; pero, además, se le obligaba

a cumplir servicios de vigilancia en tres pequeñas ciudades y a proteger no menos de veinte granjas.

Excesiva tarea para los sólo cuatrocientos hombres que, en esa mañana de abril de 2002, quedaban en el Regimiento...

Lo usual era que los bandidos huyeran al avistar a las tropas, pero los atacantes de la granja Colin debían ser más fuertes o estar más desesperados que el común de sus compañeros, porque la columna de Bastierre fue recibida con una descarga cerrada al disponerse a penetrar en el recinto exterior de la finca.

Dos soldados fueron alcanzados por las balas. El capitán dio orden de desmontar de las bicicletas y responder a la agresión.

La tapia de piedra era una excelente protección. Los hombres colocaron con cuidado sus máquinas contra ella y comenzaron a disparar.

La dotación de diez balas por soldado pensaba René que esta vez sería suficiente. De la primera descarga —un disparo por hombre— cayeron tres bandidos.

Por señas, ordenó a Duval que tomara el mando y a Pertier y tres hombres que le siguieran.

Cubierto por el fuego selectivo de los otros, rodeó la tapia, dispuesto a sorprender a los enemigos por la retaguardia.

Lo consiguió, pero sólo en parte.

Al llegar a la parte posterior de la tapia descubrió el motivo por el que los bandidos no huyeran a la llegada de las tropas: el botín.

Esta vez era realmente importante. Nueve o diez vacas, casi todas con sus correspondientes terneros, un número similar de ovejas y corderos y tres muchachas jóvenes y bonitas estaban preparadas en el patio de la granja para ser trasladadas al refugio de la banda.

Cinco hombres vigilaban el rebaño, esperando la orden de marcha. El resto se enfrentaba a las tropas.

Uno de los cinco descubrió a René y los suyos antes de tiempo.

—*Achtung*! —gritó a sus compañeros, y lanzó una granada en dirección a los atacantes.

El artefacto hubiera matado a los cinco por la precisión con que fue arrojado, pero no estalló.

Esto no era de extrañar. Los veteranos sostenían que sólo una de cada tres granadas se comportaba como quien la lanzaba esperaba

que lo hiciese.

René no perdía tiempo. Una ráfaga de su metralleta acabó con dos de los bandidos. Uno de sus soldados mató a otro. Los dos sobrevivientes huyeron hacia la parte anterior de la granja, para reunirse con sus compañeros.

Por el grito de alerta, René había confirmado lo que ya sospechaba: eran alemanes.

Los bandidos alemanes eran más guerreros que los franceses. En su inmensa mayoría desertores del ejército de la República Federal, mantenían la disciplina militar, muchas veces sus antiguos jefes y, casi siempre, su armamento completo.

Las tres muchachas lloraban a moco tendido, no se sabía bien si de alegría por la inesperada liberación o como reacción al terror que habían vivido.

El francés les asignó a uno de sus soldados para que las protegiera en caso de necesidad y, con el resto de su pequeña fuerza, penetró en el edificio principal donde, a juzgar por el ruido de los disparos, los bandidos se habían hecho fuertes.

La casa era una típica construcción campesina de cincuenta o sesenta años atrás. Constaba de planta baja, una planta principal y un gran altillo o buhardilla.

En la planta principal, la fuerza de ataque sorprendió y acabó con tres de los bandidos, que disparaban a través de las ventanas y que nunca supieron de dónde venían los disparos que acabaron con sus vidas.

René calculó que no debían quedar más de cinco o seis bandidos, todos disparando desde las aberturas de la planta superior.

Sería un trabajo fácil liquidarlos.

No lo fue tanto porque, seguramente alertados por los sobrevivientes del patio, tres bandidos descendían a la carrera la empinada escalera que llevaba al altillo, cuando René y los suyos se disponían a subir por ella.

Los bandidos dispararon primero sus pistolas y uno de los soldados y el cabo Pertier cayeron al pie de la escalera.

Pero el capitán disparó su tan eficiente metralleta y barrió a los tres, llenándoles de plomo las tripas.

Arriba quedaban aún cuatro, pero éstos sí fueron sorprendidos

como René esperaba que ocurriera.

Sólo uno llegó a disparar contra los atacantes y sus balas se hundieron en la pared de madera.

Ya no quedaban enemigos. René se asomó por una de las estrechas aberturas e hizo señas a sus hombres para que dejaran de disparar. Algunos gritos de júbilo rubricaron su aparición.

El francés volvió a la carrera junto a su amigo Pertier. Felizmente, la herida no era grave. El disparo le había atravesado el hombro pero, por el buen estado del cabo, era de presumir que no había roto ningún hueso. El mismo se había aplicado su compresa de emergencia y la hemorragia estaba contenida.

Por un verdadero milagro, los alemanes no habían asesinado al granjero y a su mujer, como era su costumbre. Se habían limitado a golpearles fuertemente y a atarlos y amordazarlos, dejándoles tendidos sobre el suelo de la cocina.

Cuando René entró en la amplia estancia, las muchachas terminaban de liberar a los prisioneros.

El hombre, de unos cincuenta años y más de un metro ochenta de estatura, se abalanzó sobre René, dispuesto a abrazarle y besarle en ambas mejillas, según la tradicional muestra de agradecimiento y afecto del país.

Pero el otro no estaba para besos. Apartándole con rudeza, dijo:

—Nos llevaremos una vaca y un par de ovejas.

El granjero pareció una fracción de segundo sorprendido, pero se repuso de inmediato. Al fin y al cabo, los militares le devolvían el resto de sus animales y a sus tres hijas. No era un precio demasiado alto el que le exigían por sus servicios.

—Sí, mi capitán... Claro que sí... Elija usted mismo los animales que más le gusten...

Pero René no entendía de vacas y de ovejas. Para ese importante menester llamó a Duval. El sargento se definía a sí mismo como «un granjero de uniforme».

Cuatro soldados habían muerto, dos más y el cabo Pertier estaban heridos.

No era un mal balance por haber exterminado a toda una banda de facinerosos alemanes.

Ya habían pasado los tiempos en que se soñaba el utópico ideal de una Europa unida. Ahora matar alemanes volvía a ser una caza

apasionante para los franceses.

Y viceversa, claro.

Todo el regimiento salió a recibirles más allá de las barricadas exteriores.

Con gritos de júbilo y gorras lanzadas al aire, festejaban los manjares que sus compañeros les traían.

La vaca sería sacrificada de inmediato y su carne alcanzaría para dos opíparas comidas.

Igual suerte correrían las ovejas, pero gracias a ellas el coronel se ganaría unos buenos francos, vendiendo sus pieles.

Desde la desaparición de las fibras sintéticas, a causa del agotamiento de las reservas petrolíferas, la lana y el algodón habían vuelto a ser lo que habían sido muchos años atrás.

René confiaba en que el coronel le daría una parte de lo que recibiera por la lana. Era la costumbre.

CAPÍTULO III

Fue al día siguiente de los sucesos de la granja Colin cuando se produjo la primera explosión.

La noche anterior habían asado el costillar y parte de los cuartos de la vaca. El teniente Rodier y sus hombres consiguieron, de vaya a saber dónde, dos toneles de vino, casi doscientos litros.

Se comió y se bebió hasta no poder más. Después comenzó la fiesta con música, bailes y canciones.

A la madrugada todos, incluido el coronel, cayeron borrachos sobre sus camas o sobre el frío y resquebrajado pavimento del patio del cuartel.

Cuando la radio comenzó a emitir su señal de llamada, alrededor de las ocho de la mañana, nadie había para recoger el mensaje.

Pero la llamada siguió resonando infatigable en el vacío recinto de la central de Comunicaciones. Por fin, a eso de las nueve, un soldado madrugador la escuchó y despertó a puntapiés a Martin Chardou, uno de los radio-operadores.

Era una llamada del cuartel general. El mismísimo general Dumaison quería hablar urgentemente con el coronel Hormais.

A Chardou no le fue fácil despertar al coronel, pero lo consiguió finalmente.

Media hora más tarde, Hormais estaba reunido en la sala de juntas con su veintena de oficiales.

—Señores —comenzó diciendo a su adormilado auditorio—, acabo de recibir una preocupante noticia que me transmitiera personalmente el general Dumaison…

Sus palabras no consiguieron arrancar a sus oyentes de la apatía pos etílica en la que se encontraban.

«Han detectado la presencia de una banda más numerosa de lo habitual, merodeando por nuestro sector», fue lo que la mayoría pensó que iba a decir el coronel. La minoría restante estaba demasiado dormida como para pensar.

Pero esta vez era mucho más que un grupo de bandidos merodeando granjas y poblados.

—...Sin lugar a dudas —estaba diciendo Hormais—, se trata de una explosión nuclear...

Todos se despertaron como por encanto.

—¿Dónde se produjo la explosión? —preguntó, sin poder contenerse, el teniente Lagarde.

Hormais le dirigió una mirada de disgusto.

—Ya llegaremos a eso, teniente —le amonestó—. De momento quiero destacar el hecho que, tanto los Estados Unidos como la Unión Soviética niegan haber sido ellos los autores de la explosión...

—¿Inglaterra...? —aventuró el capitán Charriere.

—No —volvió a impacientarse el coronel—. Todos *deberíamos* de saber que ningún país europeo está en condiciones de explosionar ingenios nucleares...

—¿Pero es que Inglaterra es un país *europeo*? —susurró Lagarde a su vecino.

—En fin —se calmó a sí mismo Hormais—, sabemos que sólo los Estados Unidos o la URSS *tal vez* podrían hacerlo... Pero ellos dicen que no han sido...

—El viejo tiene ganas de jugar a las adivinanzas —se quejó René, por lo bajo.

—Esto no nos deja muchas posibilidades —seguía el jefe—, a excepción...

Hizo una pausa teatral. Todos levantaron la vista hacia él. El comandante Bouvais, segundo de a bordo, disimuló un eructo lo mejor que pudo.

—A excepción de que se trate de extraterrestres —concluyó el coronel, muy ufano.

De inmediato estallaron los comentarios.

—Creía que ya no se hablaba más de extraterrestres...

—¿Vendrán a comerse los restos de nuestra vaca...?

—¿Por qué creer a mentirosos como son los rusos y los americanos...?

—¿Está realmente probado que se trata de una explosión nuclear…?

—¡Señores, silencio, por favor! —se impuso el jefe—. Ahora corresponde que les diga el lugar donde se produjo la explosión. Fue en el sur de África, en territorio de Angola…

—¡Haber comenzado por ahí…! —se quejó por lo bajo un joven alférez.

René pidió cortésmente la palabra y el orador se la concedió.

—Señor… Habiéndose realizado la explosión en tan alejado lugar, ¿no cree que pueda tratarse de un simple operativo de regulación?

Los «operativos de regulación» eran conocidos por todos, pero nadie hablaba de ellos.

Desde treinta o cuarenta años atrás se venía hablando del problema de la superpoblación a escala mundial, pero sólo a partir del fin de la era del petróleo los gobiernos de Estados Unidos y de la URSS, con el consentimiento táctico de los países europeos, Canadá y Japón, se habían decidido a encarar la solución drástica e inmediata del problema.

Así nacieron los «operativos de regulación», que habían logrado, ayudados, claro está, por las guerras, la deficiente alimentación y el retorno de enfermedades que se creían erradicadas, reducir la población de la Tierra hasta el aceptable número de tres mil doscientos millones de habitantes, el 1 de enero de 2002.

Los operativos se efectuaban, como es de suponer, en las zonas marginales del planeta: interior de África y de América del Sur, India y sudeste asiático, preferentemente.

Ningún medio informaba nada y nadie quería saber. Sólo se susurraba que el procedimiento se realizaba sin que los regulados sufrieran el menor dolor, lo que tranquilizaba grandemente a los espíritus más sensibles.

Hormais no pudo reprimir un gesto de impaciencia ante la imprudente pregunta de René.

—Señor Bastierre —el empleo del «señor» en lugar del grado era signo inequívoco de enojo—, supongo que no me considerará usted incapaz de distinguir entre una explosión *misteriosa* y un simple «operativo de regulación», ¿verdad?

—Por supuesto que no, señor —se apresuró el otro.

—¡Pues entonces no me interrumpa con preguntas infantiles!

Hubo risas contenidas y René se sintió vagamente molesto.

—Señores —continuó el jefe—, les he reunido porque es mi obligación tenerles informados de las novedades de importancia que me transmite el cuartel general. Lo que he dicho ya es todo lo que sé. Estoy a la espera de recibir nueva información, que de inmediato transmitiré a ustedes. De momento, me veo en la necesidad de cancelar los permisos de salida...

Un murmullo de decepción y fastidio recorrió la sala.

—...Una medida que espero dejar sin efecto dentro de pocas horas —concluyó, con una sonrisa.

Horas más tarde, mientras en el comedor de oficiales todos consumían alegremente un suculento estofado de vaca, el capitán Charriere, llevando en la mano su bien servido plato, se sentó junto a René.

—¿Qué opinas de esta explosión? —preguntó a su colega.

—¿Qué quieres que opine? —contestó este—. Seguramente se tratará de otra más de las tantas falsas alarmas... Lo que a mí me preocupa no es la bendita explosión, sino mi permiso.

—¿Qué permiso?

—Mi acción de ayer en la granja Colin fue heroica... Creo que bien vale una semana de permiso.

Charriere le miró para determinar si hablaba en serio o en broma. Se decidió por lo último.

—Espero que las explosiones no te hagan perder el sentido del humor... —rió.

René hizo coro a la risa, pero sólo de dientes para afuera.

Había concebido un sencillísimo y, sin embargo, infalible plan para proporcionarse una semana en París, con Hortense como fiel compañera.

Todo consistía en informar a Hormais que renunciaba a su parte en la venta de la lana de las ovejas, a cambio de la concesión del permiso.

La codicia del coronel era proverbial. René sonrió para sus adentros al pensar que no por la lana de dos ovejas, sino por la piel de un conejo, Hormais aceptaría el trato.

* * *

Al día siguiente, miércoles, el coronel escuchó la prepuesta de su

subordinado y prometió «hacer lo posible», lo que casi equivalía a una respuesta afirmativa.

René pidió que se le permitiera dejar el cuartel el viernes por la noche —aunque el permiso se iniciaría oficialmente en la mañana del sábado—, ya que llegar a París le llevaría, en el mejor de los casos, toda la noche.

La inmensa mayoría de las locomotoras en funcionamiento eran las viejas y auténticas de tracción a carbón, sacadas de los depósitos y hasta de los museos, y su estado ocasionaba constantes desperfectos, con los consiguientes retrasos.

Ante esta última solicitud, el coronel respondió con un gruñido, lo que también podía tomarse como respuesta afirmativa.

Sin embargo. René no llegó a hacer uso nunca de su implícitamente concedido permiso.

El viernes a las tres de la tarde, cuando la mayoría de los oficiales dormían tranquilamente la siesta, y René planchaba su ropa de salida, aprovechando las dos horas de electricidad que se concedían diariamente a los oficiales, el cabo Pertier irrumpió en su habitación casi a la carrera.

—¡Reunión de oficiales en la sala de juntas! —anunció, con voz alterada.

René quedó con la plancha en alto ante la noticia. Un viernes a las tres de la tarde, a cuatro horas de iniciar su permiso, no podía haber recibido peor novedad.

—¿De qué se trata? —preguntó, después de haber soltado un grueso taco, en el que recordaba con especial solicitud a los antepasados del coronel.

—De algo gordo, supongo —contestó Pertier, riendo por el insulto—. El coronel ordenó reforzar las guardias y.....

—Y canceló los permisos —completó René.

El otro asintió silenciosa y tristemente con la cabeza.

Ahora el recuerdo solícito de René se refirió más concretamente a los padres de Hormais.

Como un símbolo de renuncia definitiva a los encantos de Hortense, desconectó la plancha y se dispuso a marchar a la sala de juntas, mientras el fiel Pertier se hacía cargo de la abandonada y ya inservible ropa de salida.



—Tal como muchos de ustedes estarán imaginando comenzó el coronel cuando todos estuvieron sentados ante él, se ha producido una nueva explosión…

Hizo una pausa para estudiar las caras de sus oyentes. En casi la mitad de ellas la expresión se esforzaba por significar «ya me lo imaginaba», la de René sólo demostraba la furia que sentía por el permiso perdido.

—Esta vez —continuó Hormais— ha sido en América del Sur, afectando al norte de Argentina y sur de Bolivia. Se ignora el número de víctimas, aunque se supone que, como en la explosión anterior, será elevado.

La primera explosión había ocasionado unos trescientos mil muertos. «Más o menos la mitad de los que se consiguen con cualquier operativo de regulación», había comentado cínicamente el teniente Lagarde.

—Se me ha informado —seguía Hormais— que el Alto Mando formará una fuerza especial que, de momento, será de estudio de la situación, para pasar a ser operativo si las circunstancias obligan a ello…

Un teniente recientemente incorporado al Regimiento y conocido sólo por su mal carácter, pidió y obtuvo la palabra.

—¿Es posible, señor —preguntó con su desagradable voz—, que todavía se ignore quiénes son los responsables de las explosiones?

—Hice esa pregunta al general —contestó el interrogado—. Se ignora totalmente quién o quiénes son los responsables.

—Imagino que las bombas habrán sido arrojadas desde aviones, ¿verdad? —quiso saber Charriere, cuando su superior le hubo concedido la palabra.

—Tampoco se sabe —fue la respuesta, que levantó un murmullo de protesta.

De acuerdo con que casi todos los satélites artificiales que aún daban vueltas alrededor de la Tierra, estaban al borde del agotamiento y que hacía ya muchos años que no se podían enviar otros nuevos, ¿pero cómo era posible que ni siquiera un simple radio aficionado hubiera dado más información?

Fue Charriere quien dijo todo esto en voz alta y con el apoyo de sus camaradas. Un apoyo no unánime, ya que René permanecía al margen de la cuestión, con su mente y su retina sólo ocupadas por

la turbadora visión de una Hortense bella y desnuda, cuyo cuerpo se alejaba irremisiblemente de su lado.

—Son zonas poco pobladas, de deficientes comunicaciones... —trataba de explicar Hormais, sin convencer a sus oyentes.

—De todos modos —agregó, con voz más segura—, todo indica que las bombas *deben* haber sido arrojadas desde aviones.

—Lo que nos llevaría indefectiblemente a los Estados Unidos o a la Unión Soviética, ya que son los únicos que podrían explosionar artefactos nucleares y transportarlos en aviones adecuados... —insistió Charriere.

—Excepto que se trate de los extraterrestres que mencionara el coronel —intervino Lagarde, con retintín.

Hubo risas ahogadas y miradas furibundas de Hormais.

—Lo de los extraterrestres me devuelve a los felices tiempos de la crisis del petróleo... —comentó por lo bajo el comandante Bouvais.

En efecto, en la década de los ochenta, cuando comenzó el sprint final del agotamiento de los pozos petrolíferos y los constantes aumentos de precios en los combustibles comenzaba a dar al traste con las economías de los países industrializados, los gobiernos de éstos encontraron una forma de distraer la atención de sus pueblos.

Cuando una fábrica cerraba y sus decenas de miles de operarios la quemaban o recorrían las ciudades exigiendo pan y amenazando con muertes, el gobierno de turno anunciaba la aparición de algún platillo volante en su territorio.

Era una estrategia exitosa, especialmente porque contaba con el apoyo masivo de todos los medios de comunicación. El pueblo se apasionaba por los extraterrestres y se olvidaba de sus acuciantes e insolubles problemas.

Claro está que el olvido no duraba mucho tiempo... La reunión se levantó tras la obvia indicación del coronel acerca de que «todos los permisos, sin excepción, quedaban cancelados hasta nueva orden».

René masculló una nueva imprecación y se dispuso a encerrarse en su dormitorio con la sola y necesaria compañía de una botella de vino.

* * *

El hombrecillo verde y contrahecho se esforzaba por destrozarle

a golpes. «¿Por qué no me desintegrará con su rayo láser, en lugar de hacerlo con sus puños?», se preguntaba asombrado René.

Después comenzó a sacudir todo su cuerpo, seguramente para desintegrarlo más rápidamente...

Pero cuando consiguió abrir los ojos, a quien vio no fue a un extraterrestre verde y contrahecho, sino al preocupado rostro del sargento Duval.

—De prisa, capitán... ¡El coronel está que trina!

—¿Qué... qué hora es? —logró articular René.

Duval consultó, nervioso, su reloj.

—Las seis y veinte.

—¿De la tarde?

—De la mañana.

—¿Y qué m... quiere de mí el coronel a estas horas?

—No lo sé, capitán. Pero acaba de hablar por radio con el general Dumaison...

Dando tumbos, René metió la cabeza dentro del lavabo, que previamente había llenado de agua.

Tres minutos más tarde, arreglándose lo mejor posible la guerrera, que denunciaba el haber sido utilizada como pijama, entró en el despacho de Hormais.

La entrevista fue brevísima.

—Buenos días, mi coronel...

—Buenos días, Bastierre. Prepare su equipo y esté listo para marchar en media hora. —¿Para marchar, señor...?

—Al Cuartel General, en Versailles. La computadora le ha designado para formar parte de la Fuerza Especial...

Lo primero que se le ocurrió pensar a René fue que la computadora, como casi todo en la Tierra, debía haber enloquecido.

Pero lo segundo que pensó fue que Versailles estaba muy cerca de París, que en París estaba Hortense y que, después de todo, pudiera ser que la computadora le estuviese haciendo un gran favor.

—¿A quién debo solicitar el billete de tren, señor? —preguntó, ya que a esa hora la Mayoría estaba cerrada.

La respuesta le halagó, pero, por encima de todo, le dejó muy sorprendido.

—No irá usted en tren, irá en automóvil.

—¿En automóvil, señor?

Esto era insólito. Significaba nada menos que su misión tenía categoría Al y que él mismo se había convertido en un personaje importante.

—Ya he firmado la orden para que se llene el tanque del coche. El sargento Duval era chófer en las viejas épocas, él le conducirá.

René saludó y se dispuso a marchar. En un gesto inesperado, Hormais le estrechó la mano.

«Esto quiere decir que no piensa volver a verme vivo», dedujo René.

Pero la idea de poder ver a Hortense y, muy especialmente, la de viajar en coche, pronto le devolvió la perdida alegría.

CAPÍTULO IV

El viaje en coche hasta Versailles fue muy divertido por la sorpresa que ocasionaba la vista del infrecuente vehículo y por la forma en que los hosteleros del camino trataban a René.

Pero la gran demora en llegar a su destino, motivada por partes iguales por la baja calidad del carburante y el ruinoso estado de las carreteras, le obligó a presentarse sin más tardanza ante sus superiores, teniendo que postergar el acuciante deseo de estrechar entre sus brazos a Hortense para mejor oportunidad.

El edificio asignado a la Fuerza Especial era una gran construcción del siglo XVIII, relativamente próxima al gran palacio. Estaba rodeada por un gran parque y la cantidad y *calidad* de centinelas que la guardaban asombró al visitante.

Este fue de inmediato introducido al despacho del jefe máximo, general de División, Alain Bertois.

La recargada y lujosa decoración del despacho no armonizaba bien con su propietario, un hombre alto y flaco, con nariz picuda y ojos que parecían perforar el objeto de sus miradas.

Menos aún armonizaban con la metralleta aparentemente olvidada sobre un sillón de finísimo tapizado. El general no perdió tiempo.

—Le esperaba a usted cuatro horas antes —comenzó, congelando con un gesto las excusas que René iba a darle—. No me diga nada —prosiguió—. Ni para dar explicaciones tenemos tiempo...

Se volvió hacia un gran mapa, colocado sobre un bastidor, a su espalda. Ahileres de gruesa cabeza roja señalaban el lugar de las explosiones.

—Le imagino al tanto de «todo eso»... —comentó.

El aludido hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Bien —siguió al otro—. Lo que seguramente no sabe es que nuestros hombres ya han enviado un primer informe desde Angola...

René comenzó a interesarse.

—¿Puedo preguntar, señor —se aventuró—, cómo pudieron llegar tan rápidamente sus hombres a Angola?

En un mundo donde sólo los Estados Unidos y la URSS tenían reservas de petróleo suficientes para hacer volar una o dos veces por año algún avión, y en el que todas las comunicaciones transoceánicas debían realizarse por medio de barcos impulsados por carbón o por velas, la pregunta era pertinente.

—No *fueron* a Angola. *Estaban* allí —fue la seca respuesta.

«Conque es cierto que tenemos espías», se dijo René, agradablemente sorprendido. Siempre había puesto en serias dudas las jactanciosas declaraciones del gobierno sobre la extensión y eficacia de la red de espionaje francés.

—...También los rusos y los americanos —estaba diciendo Bertois—. Pero los nuestros tuvieron más suerte, porque fueron los primeros en llegar al lugar de la explosión.

—¿Pese a la radiactividad?

—Iban debidamente protegidos. Debiera usted saber que hay equipos adecuados para evitarla, al menos por unas horas —se impacientó el general.

René se disculpó con un gesto.

—Lograron descubrir la carcasa de la bomba...

El oyente empezó a admirar a esos anónimos héroes.

—La destrucción era casi total —seguía Bertois—, pero tuvieron una suerte increíble... —hizo una pausa teatral—. En la carcasa podían leerse dos letras: AN —concluyó, con tono de triunfo.

—¿A Ene? —preguntó René, sin entender nada.

El otro le lanzó una mirada de suficiencia.

—Conocemos nuestro trabajo, capitán —se ufano—. Si encontramos las letras «AN» en la carcasa de un ingenio nuclear, no necesitamos pensar mucho para saber que se trata de Añadir, el antiguo depósito nuclear i soviético, en el norte de Siberia.

Poniéndose en pie, señaló con su índice un punto, casi en el extremo nororiental del territorio soviético.

René se acercó lo suficiente para leer «Golfo de Añadir», y

Añadir, como una población de menor importancia, situada en la orilla del Mar de Bering.

El nombre del mar le ayudó a situarse.

—¡Eso está a un paso de Alaska! —se excitó.

El general le miró, casi con lástima.

—Añadir era una de las principales bases nucleares soviéticas, desde los tiempos de la Primera Guerra Fría con los Estados Unidos —explicó, en el tono que se emplea con un alumno tonto.

—¡Entonces las explosiones son soviéticas! —concluyó René, entusiasmado.

El otro negó con la cabeza.

—El gobierno soviético nos ha dado satisfactorias seguridades de que no han sido ellos. Y nosotros les creemos...

—No sería la primera vez que faltan a la verdad...

—Nosotros les creemos porque tenemos suficiente información como para saber que el gobierno soviético ya no controla el extremo nororiental de Siberia...

René absorbió la información. No le sorprendía demasiado. Una de las primeras consecuencias del fin de la era del petróleo fue el abandono, por parte de sus respectivos gobiernos, de los extremos más alejados e inhóspitos de los grandes países.

Así Alaska, inmensas extensiones de Canadá, los Estados Limaos y toda la América del Sur y el África, habían vuelto a ser los territorios sin ley que habían sido hasta un par de cientos de años antes.

Por eso no era demasiado sorprendente que también parte de Siberia estuviese fuera del control de las autoridades.

El mismo René había leído no hacía mucho que el gobierno de la URSS había decidido suspender *sine die* los servicios del tren Transiberiano, a causa de los casi constantes ataques de bandas armadas.

—¿Entonces...? —preguntó el capitán.

—No hay seguridad de nada —contestó su jefe;—, pero estamos actualmente trabajando sobre la hipótesis de algún grupo que se ha apoderado de la base... y del arsenal nuclear que en ella había.

Hubo un instante de silencio. Después, dijo René:

—Además de las bombas, también disponen de al menos un avión capaz de transportarlas. Eso significa...

—Eso significa —le interrumpió Bertois— que también tienen petróleo.

—¡Pero eso es imposible! Ya no queda sobre la Tierra más petróleo capaz de mover aviones que los pocos miles de litros que tienen almacenados los Estados Unidos y la Unión Soviética...

La respuesta del general no podía ser más lógica.

—Si *hacen* volar aviones —dijo—, es porque *tienen* petróleo.

No le fue fácil a René asimilar todas las implicencias de la frase. Cuando lo hubo hecho, se lanzó a hablar:

—Si esos hombres hubieran descubierto petróleo, pronto serían los amos del mundo y nosotros...

—Y nosotros seríamos sus esclavos —completó el general—. Por eso es urgente que conozcamos la exacta realidad. La tarea no será fácil. Habrá que llegar hasta Añadir, introducirse entre ellos, lograr completa información... y salir vivo para poder transmitirla.

René movió vanas veces la cabeza en doble señal-de respeto por las dificultades de la misión y como anticipado *réquiem* al elegido para realizarla.

Bertois le miraba en silencio.

—Usted ha sido designado para esa misión —dijo finalmente.

CAPÍTULO V

El tren estaba abarrotado por una heterogénea multitud en la que había hombres de negocios, soldados y estudiantes. Pero lo que predominaban eran los granjeros que volvían a sus tierras, tras haber vendido en París los productos de sus granjas.

Los únicos privilegiados de los nuevos tiempos eran los campesinos. No sólo porque eran los únicos que tenían asegurada la comida, sino porque sus productos siempre encontraban compradores y magníficos precios.

Junto a René, en el pequeño compartimiento de primera clase se sentaron dos hombres y una mujer, los tres vestidos con cierto lujo y comentando con gran animación los precios que habían obtenido por sus pollos y sus verduras.

El muchacho logró sustraerse en sus propios pensamientos. Decidió optar por la filosofía y aguantar lo que viniera. Los riesgos de la misión, el interminable viaje en un tren que marchaba a velocidad de tortuga y, lo último, pero no lo menos importante, el haber abandonado París sin haber podido, ni siquiera, ver a Hortense.

Se puso a pensar en su casi increíble misión, en los peligros que entrañaba, en lo difícil que sería llevarla a buen fin...

Cuando una mano le sacudió sin contemplaciones, abrió los ojos, sorprendido al descubrir que se había quedado dormido.

No necesitó acabar de despertarse para reconocer, por el uniforme, la nacionalidad de quien le sacudía: un soldado alemán. Estaban, pues, en la frontera.

Desde la ruptura de la Comunidad Europea, los cruces de frontera se habían convertido en una molestísima y, a veces, hasta peligrosa operación.

René, vestido de paisano y con documentación falsa, sabía que los peligros que correría su vida comenzaban en los cruces de frontera.

—Su nombre y documentación... —exigía el guardia.

—Paul Ravanne... —murmuró René, simulando estar más dormido de lo que realmente estaba, y alargándole el falso pasaporte.

El hombre le estudió detenidamente, mirando repetidas veces la fotografía y a su dueño.

—¿Adonde se dirige? —preguntó, sin devolver el documento.

—A la Unión Soviética.

—¿Para qué?

—Soy profesor de Arqueología. Voy a hacer excavaciones en Siberia.

—¿Tiene los permisos del gobierno soviético?

—Sí, los tengo —René extrajo de su bolsillo varios papeles y los entregó al celoso funcionario.

Era más que difícil que supiera ruso y mucho más difícil, por no decir imposible, que pudiera descubrir que los sellos y las firmas estaban falsificadas por los expertos de la Fuerza Especial.

Pero el hombre no se rendía fácilmente.

—Necesito pruebas de que es usted profesor de Arqueología —insistió.

Maldiciéndole a él, a la vez que bendecía la exagerada previsión de Bertois, René extrajo y le entregó los documentos que le acreditaban como tal, presuntamente extendidos por las autoridades de la Sorbona.

Con un par de ininteligibles gruñidos y algo que podía ser interpretado como un saludo militar, el guardia devolvió los papeles y se marchó, dispuesto a fastidiar a más viajeros.

Tras comprobar que había quedado solo en el compartimiento, René se extendió todo a lo largo sobre el asiento y se quedó dormido.

* * *

La computadora que le había seleccionado para la misión podía haberse equivocado en muchas cosas pero, al menos en una, había dado con el hombre ideal.

René hablaba ruso tan bien como los rusos que mejor lo

hablaban y mejor que muchos de ellos.

Mientras fue Paul Ravanne, profesor de Arqueología de la Sorbona, se cuidó muy bien de mostrar su tan notable conocimiento de la lengua de Tolstoy, pero, ya en Siberia, llegó el momento de hacer uso de él.

Hasta ese momento, no había tenido dificultades serias para desplazarse en dirección a su objetivo.

Por oscuros, antiguos y, seguramente, ya olvidados motivos de política internacional, las autoridades soviéticas trataban con deferencia a Francia y a sus súbditos.

Así pudo, con su cobertura de pacífico profesor, llegar hasta Khatanga, en plena Siberia Central.

Había viajado en destartalados trenes, a caballo y en carros de todo tipo. Ya había perdido la cuenta de los días que habían transcurrido desde su salida de París.

En Moscú se enteró de que había habido otra explosión nuclear, esta vez en una de las islas menores de las Filipinas.

La lentitud de los medios de transporte le ayudaban a pensar. De los lugares de las explosiones, extrajo una conclusión: los que las hacían explosionar no tenían motivos especiales para la elección de sus objetivos.

«Nadie podría relacionar política o militarmente —reflexionaba, balanceándose en la parte posterior de una troika— a Angola con Argentina y Filipinas.»

¿Por qué, entonces, elegir esos países y no otros?

Encontró dos motivos posibles.

El primero, explosionar los artefactos en regiones marginales para no provocar la inmediata e incontenible reacción de las grandes potencias.

En segundo lugar, demostrar que todo el planeta era su coto de caza.

Todo esto le llevó a deducir que no debía tratarse de los «extraterrestres» del coronel Hormais, sino de simples y vulgares «terrestres».

«Aunque no tan simples ni tan vulgares, después de todo- tuvo que admitir.

Pero a él no le incumbía hacer evaluaciones de situación y proponer estrategias, sino *ver* y *contar*.



En Khatanga comenzaron para René los contratiempos.

Buscaba un buen caballo para seguir viaje hacia el este, cuando un joven jinete cubierto de polvo desmontó frente al establo en el que se encontraba.

Dirigiéndose muy excitado al propietario, le dijo:

—¡Ashkalut está a menos de cien kilómetros de Khatanga!

El otro, un hombre ya viejo, se mostró aterrorizado, ante la sorpresa de René.

—¿Avisaste a las autoridades? —preguntó el propietario.

—Sí. Al destacamento de Karsusk.

—No podrán contra él...

René consideró llegado el momento de descubrir sus conocimientos de ruso.

—¿Quién es Ashkalut? —preguntó.

Los otros le miraron, sorprendidos de que un extranjero hablara tan correctamente su idioma oficial, pero respondieron sin vacilar.

—Un bandido —era el recién llegado quien lo decía—. Un maldito asesino que tiene aterrorizadas a las pequeñas poblaciones desde aquí hasta el río Lena...

—¿Y las autoridades...? —preguntó el francés, aunque imaginaba la respuesta.

—Nada pueden contra él... —contestó el viejo—. En realidad, señor —agregó con voz sorda—, desde aquí hasta el Pacífico no hay más ley que la que imponen los bandidos...

La noticia molestó, pero no tomó de sorpresa al capitán. Desde que su jefe le informara del presunto origen de la bomba, había imaginado algo por el estilo.

—¿Cuántos hombres tiene ese Ashkalut? —preguntó, sin saber muy bien por qué.

Sus interlocutores hicieron gestos de impotencia.

—Nadie lo sabe —respondió finalmente el recién llegado—. Centenares... o miles... Lo mismo da.

—¿Pero el ejército soviético no puede enfrentarse a él? —se asombró René.

—Sí, señor —contestó el viejo—, el ejército soviético *podría* enfrentarse a él, si Ashkalut fuera el único bandido que asola estas tierras. Pero son muchos...

—No sólo en Siberia... También en Mongolia y en China —acotó el otro.

«Y en América y en Oceanía, y hasta en Alemania y en Francia», pensó René, pero nada dijo.

—Es mejor que regrese al oeste, señor —aconsejó el viejo.

Y René, de haber sido Paul Ravanne, profesor de Arqueología, no se hubiera hecho repetir la invitación.

Pero él era René Bastierre, capitán del ejército francés, y no tenía más remedio que seguir adelante.

* * *

El caballo era excelente y el camino, aunque algo enfangado por las recientes lluvias de primavera, perfectamente transitable.

La dura naturaleza siberiana se veía suavizada por los variados colores de la floración. Hasta los recios bosquecillos de coníferas lucían amables con sus gruesos troncos cubiertos de verde follaje.

Toda la naturaleza parecía entonar un canto a la paz, pero los grupos de campesinos aterrados que se cruzaban con René, huyendo de la proximidad de los bandidos, eran las voces discordantes del coro.

El francés detuvo a varios de ellos para recoger información, pero nadie supo decirle nada con relación a Ashkalut y sus hombres.

Ninguno de ellos había esperado a verle. Todos huyeron ante la noticia de que el temible bandolero se acercaba a sus tierras.
Ellos se refugiarían en Khatanga, ciudad a la que estaban seguros que Ashkalut no se atrevería a atacar.

Al finalizar su primer día de marcha, el francés había hecho mucho más de cien kilómetros, sin ver el menor rastro de la temida banda.

Decidió continuar su rápida marcha el tiempo necesario para llegar a la pequeña población de Karsusk, donde estaba el destacamento militar al que el joven jinete de Khatanga había advertido sobre la presencia de los bandidos.

«Un joven muy exagerado —reflexionó René—, ya que Ashkalut *nunca* pudo haber estado a cien kilómetros de Khatanga... Pero el miedo lo explica todo», decidió con indulgencia.

* * *

Karsusk, a la que llegó pasada la medianoche, resultó ser un mísero poblado de no más de treinta o cuarenta cabañas de troncos, con sólo un par de edificios de ladrillos. Se dirigió a uno de ellos, a cayó frente un soldado montaba la guardia, armado con un viejo fusil.

El jefe del destacamento, un viejo sargento, estaba durmiendo, pero accedió a levantarse para atender al inesperado visitante.

René se presentó bajo su tradicional cobertura de profesor de Arqueología, deseoso de estudiar unas ruinas en las tierras próximas al delta del rio Lena.

—No creo que pueda llegar tan lejos, profesor —masculló el sargento, mientras ofrecía a su huésped una taza de hirviente té.

—¿A causa de Ashkalut? —preguntó éste.

— De Ashkalut... y de varios otros.

El francés intentó beber un sorbo de la quemante infusión, mientras asimilaba lo escuchado.

—Es decir, que Ashkalut no es el único...

El sargento se permitió una mueca, a guisa de sonrisa.

—Siberia está llena de bandas armadas... Ni yo ni el gobierno podremos nunca saber cuántas son...

—¿Espera usted un ataque de Askalut?

—Eso siempre es posible.. Pero añora está muy ocupado luchando contra Tamerlán.

—¿Tamerlán?

—Sí. Otro bandido que fue uno de los primeros en asolar estas tierras cuando se acabó el petróleo... Era el amo indiscutido. Dicen que llegó a tener más de mil hombres bajo su mando, la mayoría desertores del ejército.

René pudo, por fin, beber un primer trago de té.

—Ashkalut fue uno de sus lugartenientes —siguió el sargento—, hasta que decidió ser el jefe... Tamerlán es ahora viejo, los hombres se pasan a las filas de su enemigo. No es difícil predecir de quién será la victoria.

El francés aceptó la invitación del sargento y pasó la noche en el destacamento. Después de un desayuno acorde con el inhóspito clima, y de haber sido bien alimentado su caballo, siguió viaje hacia el este. Hacia las tierras de Ashkalut y el que se hacía llamar Tamerlán.

Galopó durante todo el día, a través de la dura estepa, apenas suavizada por la avanzada primavera.

Comió un pesado potaje de judías con carne de cordero, en una de las pocas granjas todavía habitadas. Naturalmente, pagó su humilde comida a precio de Hotel Ritz.

A medida que avanzaba hacia su objetivo —todavía tan lejano— se multiplicaban las huellas de la lucha entre las bandas rivales.

Granjas incendiadas, corrales destruidos y hasta, en una ocasión, el cadáver de un hombre colgando de la rama de un grueso árbol y carcomido por aves e insectos.

Por la noche no encontró lugar donde cenar, por lo que tuvo que apelar a sus reservas de pan y queso, que previsoramente le proveyera el sargento de Karsusk.

Para dormir eligió los restos calcinados de una granja.

La temperatura, más bien baja, permitía dormir al aire libre, pero René prefirió la precaria protección de las paredes sin techo, pensando en posibles ataques de fieras a las que, por cierto, no había visto.

Su caballo quedó atado fuera de las ruinas y con mejor cena que la de su amo, ya que éste le había encontrado un buen montón de heno en las proximidades de lo que fuera *un* granero.

Aprovechó parte del heno para confeccionarse una cama. La jornada había sido muy dura. Tendido sobre ella y cubierto con su abrigo, de inmediato cayó en un profundo sueño.

Despertó con una sensación de desastre.

No era para menos. A la luz de la antorcha que uno de los hombres empuñaba, pudo ver que estaba rodeado de cinco siberianos de feroz aspecto, armados con fusiles y pistolas.

Dos de ellos le estaban apuntando con sus armas, una precaución desde todo punto exagerada.

René alzó lentamente sus manos. Era lo único que podía hacer.

Por señas le indicaron que se pusiera en pie y a culatazos le guiaron al exterior, hacia su caballo.

Otros seis hombres montados esperaban fuera, teniendo de las bridas a los caballos de los cinco «expedicionarios».

Revisaron cuidadosamente a René en busca de inexistentes armas y, siempre por señas, le ordenaron que montara en su caballo. posteriormente ataron sus manos a la espalda.

La silenciosa procesión se puso en marcha en la misma dirección que había seguido el francés, es decir, hacia el este, manteniendo un ritmo acelerado de marcha.

Al frente una línea clara comenzaba a romper la oscuridad, anunciando el amanecer. Hacía frío y René estaba más molesto que asustado.

Esperaba este encuentro, considerándolo inevitable, dadas las circunstancias. No temía por su vida, ya que nada podían ganar los bandidos con quitársela. Lo que sí temía era atrasarse excesivamente en el cumplimiento de su misión.

Un golpe de suerte había permitido a los franceses ponerse sobre la pista de las explosiones antes que americanos y rusos; pero éstos no tardarían en descubrir otros indicios que les guiarían hacia Añadir.

Si ése era el caso, René no se hacía ilusiones. Tanto los Estados Unidos como la Unión Soviética aún mantenían pequeños depósitos de petróleo. Podían hacer funcionar automóviles, algunos tanques y hasta aviones.

En suma: llegarían antes y serían más efectivos.

Pero la cosa no tenía remedio. Estaba en manos de Ashkalut o de Tamerlán, lo mismo daba.

De momento decidió no demostrar su dominio del ruso. El que sus captores lo ignoraran, pensó, podía serle útil.

Pero los bandidos no hablaban entre ellos. Se limitaban a galopar por la interminable estepa.

La carrera duró poco más de una hora y terminó en una pequeña población, coronada por una especie de fortaleza.

A ella se dirigieron los hombres.

Tras atravesar una inmensa puerta con blindaje de acero, custodiada por varios bandidos armados, el grupo desembocó en un gran patio.

René pronto comprendió que en él había tenido lugar la noche anterior un gran festín.

Aún humeaban inmensos asadores, con restos de carne colgando en ellos. Toscos bancos y mesas de madera estaban tirados por doquier, estando el piso de piedra casi cubierto por botellas vacías de todo tipo de bebidas.

Unos cuantos bandidos dormían su borrachera cerca de los

fuegos casi extinguidos, y uno de ellos estaba abrazado a una muchacha semidesnuda.

Sus captores obligaron a René a desmontar y, sin liberar sus manos, le condujeron al interior del edificio.

De inmediato, por algunas placas e inscripciones en las puertas, el francés descubrió que se trataba de un antiguo acuartelamiento del ejército soviético, de la época en que el gobierno podía ejercer el control efectivo de todo su territorio.

Le hicieron descender dos tramos de una cada vez más húmeda escalera de piedra y, finalmente, le abandonaron en manos de dos carceleros, que cuidadan de un par de grandes celdas sumidas en la oscuridad.

Sin hacerle preguntas, los guardias le condujeron a una de las celdas. Cuando estuvo dentro de ella, uno de los hombres le liberó de sus ataduras, cerrando la enrejada puerta de inmediato.

Acostumbrando sus ojos a la débil luminosidad que se filtraba por una alta y enrejada ventana, René reconoció la estancia.

Era la clásica celda de cincuenta o sesenta años atrás, con piso de piedra, varios jergones adosados a las paredes y un agujero a guisa de retrete en un extremo.

Había sólo un hombre en ella, que ahora dormía, echado sobre uno de los camastros.

Pensando que nada podía hacer, hasta que no se le brindara alguna oportunidad, René se echó sobre otro y de inmediato volvió a vencerle el cansancio, quedando dormido, pese a lo inquietante de su situación.



Cuando despertó, rayos de sol penetraban por la ventana, lo que significaba que había dormido varias horas.

Su compañero de celda estaba consumiendo el contenido de un tazón. Otro recipiente igual estaba junto a la puerta. Decidiendo que estaba destinado a él, René marchó a recogerlo.

Mientras lo hacía, contempló a su compañero que, a su vez, le estaba contemplando a él.

Era un hombre imponente, que debía medir cerca de dos metros y pesar más de cien kilos. Sus pómulos salientes, su frente combada y hasta su impresionante bigote, denunciaban al siberiano de origen mongol.

Sin duda era un jefe, un hombre acostumbrado a mandar. Tendría unos sesenta años y cabellos muy largos y blancos.

Con una sospecha comenzando a germinar en su cerebro. René decidió entablar conversación con él.

Se hizo con su desayuno y, mientras intentaba tragar la grasienta mezcla, se acercó a su compañero, que no le quitaba los ojos de encima.

—Soy Paul Ravanne, profesor francés —le dijo, en su idioma.

El otro le siguió mirando, sin mover un músculo. Era evidente que no le había entendido o que no quería hablar.

René prefirió creer que se trataba de lo primero y repitió su presentación en ruso.

Ahora sí consiguió una reacción positiva.

—¿Qué está haciendo aquí? —le preguntó el siberiano.

—Pasando mis vacaciones respondió él, porque la pregunta resultaba estúpida, dadas las circunstancias.

El viejo contrajo los músculos de su cara en algo que podía ser una sonrisa.

—¿Sabe quién soy yo? —preguntó de inmediato.

René lo imaginaba, pero movió negativamente la cabeza.

—Soy Tamerlán —dijo el otro, con voz henchida de un orgullo totalmente fuera de lugar en esa sórdida celda de su derrota.

Pero las sospechas del francés se habían confirmado.

El imponente aspecto de su compañero y los restos del festín en el patio, se compaginaban perfectamente.

René consideró conveniente poner cara de asombro, admiración y respeto, no exento de temor.

—¡Oh, es usted el famoso Tamerlán! —dijo.

El aludido ensanchó su sonrisa. «Los asesinos se vuelven vanidosos con la edad», pensó el otro.

—¿Mis hazañas son conocidas en Francia? —quiso saber.

—¡Por supuesto! —se exaltó René—. Hasta los niños juegan a ser el gran Tamerlán…

El viejo se hinchó como un sapo. Su adulador pensó que no mentía del todo. Era perfectamente posible que algún niño en alguna parte de Francia jugara a ser el gran Tamerlán.

Claro que jugaría a ser «el otro» Tamerlán. El auténtico.

Pero, de momento, le parecía conveniente y hasta necesario

granjearse la simpatía de su compañero de prisión.

El, allí, era un desgraciado extranjero, cuya única ventaja era conocer la lengua de sus captores. El otro había sido hasta muy poco antes el omnipotente señor de las estepas.

Tendría amigos que seguirían siéndole fieles. Eso podía significar una posibilidad de escapar...

Se abrió la puerta de la celda y penetraron por ella dos carceleros. Uno desarmado y el otro cubriendo con su pistola al compañero.

El primero tomó a René por un brazo y le obligó a acompañarle.

Tras subir las conocidas escaleras, fue conducido hasta una puerta cerrada, donde todavía se leía la palabra «Jefe».

No necesitó presentación para saber que quien estaba dentro era el mismísimo Ashkalut.

Era menos imponente que Tamerlán, pero su delgado cuerpo, la fina línea de su boca y la expresión de sus ojos, hablaban de decisión y crueldad.

El recién llegado le calculó más o menos su misma edad.

Era el discípulo que había superado al maestro.

—¿De dónde vienes y qué haces aquí? —preguntó en inglés, con voz tonante.

—Soy un profesor francés. Marcho hacia el delta del Lena para estudiar unas ruinas —contestó René, en la misma lengua.

—Yo soy Ashkalut —se presentó, innecesariamente, el dueño de la casa.

El otro le hizo una exagerada reverencia, pero el gran jefe no pareció advertir la ironía.

—¿Por qué me han encarcelado tus hombres? —preguntó el francés.

—Estas son mis tierras —contestó el otro.

—Yo soy un pacífico profesor. No pretendo luchar contra ti...

Ashkalut lanzó una estentórea carcajada. «Al menos tiene sentido del humor», pensó René.

—Luchar contra mí... ¡Tiene gracia! —estaba diciendo el siberiano, entre risas—. No voy a matarte —agregó, con cierta incongruencia.

—Gracias —se creyó obligado a decir el aludido.

—Pero voy a pedir mucho dinero por tu libertad...

René estaba más que seguro que ésa iba a ser la decisión del bandido.

—Mi gobierno no me conoce. Soy muy poca cosa... ¡Se negará a pagar! —interpuso, sabiendo que perdía el tiempo.

La cara del otro volvió a su dureza inicial.

—Si tu gobierno no paga... ¡tendré que matarte! —señaló recado de escribir—. No perdamos tiempo... ¡Escribe una carta a tu gobierno pidiendo que acepte pagar un millón de rublos por tu rescate!

—¿Dónde tendrán que entregar el dinero? —preguntó René, por decir algo.

—Diles que lo entreguen al que lleva la carta.

—Se negarán a pagar si yo no estoy presente al realizarse la entrega...

—¡Entonces date por muerto!

René escribió una larga carta en la cual, bajo insistentes ruegos de que accedieran a la demanda de Ashkalut, sus jefes entenderían que él estaba dispuesto a arreglárselas solo.

Hubiera querido preguntar a su anfitrión cómo se las arreglaría el estepario enviado para llegar hasta París, pero decidió que no era asunto de su incumbencia.

Tenía prisa por volver a su celda. Estaba seguro que en ella encontraría el camino hacia una posible libertad.

* * *

Sus esperanzas demoraron todo el primer día de su cautiverio y la mitad del segundo en concretarse.

Pero, por fin, ocurrió lo que esperaba.

Había tenido buen cuidado de seguir halagando la vanidad de Tamerlán, tras haberle pedido que no descubriera a los carceleros su conocimiento del ruso.

El viejo se había pasado horas y horas relatándole sus hazañas, en voz lo suficientemente baja como para no ser escuchado por oídos indiscretos.

René le impulsaba a seguir hablando, hasta que creyó llegado el momento de intercalar la pregunta que podía iniciar el camino hacia la libertad.

—¿Y sus hombres no intentarán liberarle?

Pero la respuesta no pudo ser más decepcionante.

—Ya no me quedan hombres fieles. Los que no han muerto, se han pasado a Ashkalut...

Era una mala noticia, pero René no podía cejar en su empeño. Toda su esperanza de libertad estaba puesta en Tamerlán.

—¿Y qué va a hacer Ashkalut con usted?

—Me matará... cuando me haya obligado a hablar. —¿A hablar...?

—Quiere que le diga dónde he escondido mi tesoro.

René puso la cara que la circunstancia exigía.

—Me ha dado diez días de plazo —siguió el viejo—. Si no hablo al cabo de ellos, comenzará a torturarme. El plazo acaba mañana...

«Entonces, también para mí el plazo acaba mañana», pensó René. Destrozado por la tortura, Tamerlán no le serviría de nada.

—Tenemos que escapar de aquí —le dijo, sin perder más tiempo. El otro le miró sorprendido.

—¿Cree que es fácil? —preguntó.

—Imagino que no será fácil... ¡Pero tenemos que hacerlo o los dos vamos a morir! —se le ocurrió una idea—. ¿Conocía usted ya esta fortaleza? —preguntó esperanzado.

—Fui yo quien se la arrebaté al ejército soviético, hace casi veinte años. Aquí instalé mi cuartel general, hasta que ese perro de Ashkalut me traicionó y me obligó a volver a las estepas...

—¡En ese caso tendremos que hablar largo y tendido! —exclamó René, con voz de triunfo.

Y, en efecto, tuvieron una conversación que duró varias horas, durante las cuales el francés sólo interrumpió al siberiano para hacerle unas pocas y muy concretas preguntas.

CAPÍTULO VI

El plan era sencillo, porque la absoluta carencia de medios de los prisioneros les imposibilitaba cualquier tipo de sofisticación.

Pero en su misma sencillez estaba la clave de su posible éxito.

El principal escollo era lograr que los guardianes entraran en la celda. Usualmente pasaban los tazones de comida por entre las rejas y los recibían vacíos de igual modo.

También la solución que René encontró a este problema era sencilla. Pero en absoluto mal pensada.

Claro que si los guardias decidían llamar a uno de sus jefes...

Todo transcurrió dentro de la mayor normalidad, hasta que Tamerlán y René acabaron de consumir su siempre grasienta cena.

Entonces el viejo se acercó a la verja e hizo señas a sus dos guardianes para que se acercaran.

—Llevadme ante Ashkalut —les dijo, con voz tranquila—. Estoy dispuesto a decirle lo que él quiere oír.

Los dos hombres se miraron entre sí. Eran rusos ex campesinos sin instrucción, pero su misma ignorancia les hacía desconfiados.

Como resultado del cambio de miradas, uno de ellos decidió:

—Voy a llamar a Kamal.

René había adoctrinado a su compañero por si se presentaba la temida eventualidad.

¡idiotas! —bramó el viejo, ante la sorpresa de los otros—. ¿Es que queréis perderos la recompensa?

Los dos guardias le miraron, sin entender.

Tamerlán simuló sorprenderse a su vez.

—¿Es que no sabéis lo de la recompensa? —preguntó con incredulidad—. ¡Pero si hasta el último de los hombres de Ashkalut ha sido informado de ello!

Los otros seguían mirándole en silencio. Tras sus estrechas frentes se adivinaba la lucha que estaba librándose en su interior.

Por fin uno de los dos, más tonto o más ambicioso que su compañero, se decidió a hablar.

—¿Qué es eso de la recompensa? —dijo.

A René le costó no demostrar su excitación. Ahora sí las cosas iban por buen camino.

—Ahskalut quiere apoderarse de mi tesoro —explicó Tamerlán con voz paciente—, y ha instituido una recompensa de cien mil rublos a quien consiga hacerme hablar...

—¡Cien mil rublos!... —dijeron los dos, con voz casi respetuosa.

Aun en esos tiempos de brutal inestabilidad monetaria, esa cantidad significaba una pequeña fortuna para miserables como ellos.

—Yo he decidido hablar para evitar la tortura —seguía el viejo —, pero si voy a entregar mi fortuna a ese miserable, al menos me agradará que una parte vaya a vuestras manos, ya que me habéis tratado bien...

—Sí, sí... —se exaltó el que había preguntado antes—. Nunca te hemos hecho daño...

—Es lo que os digo. Por eso quiero que os ganéis la recompensa, sin tener que compartirla con ese cerdo de Kamal, que es uno de los que me traicionaron.

Los dos guardias volvieron a mirarse, pero cada uno de ellos había tomado su decisión.

Porque cada uno de ellos sabía muy bien que otra oportunidad para ganar cincuenta mil rublos tan fácilmente no se le volvería a presentar en su vida.

El que tenía las llaves abrió la puerta de la celda y se hizo a un lado para dejar pasar al gigante, mientras su compañero le apuntaba con su pistola.

Lo que de inmediato hizo Tamerlán sorprendió al mismo René —que había ideado la maniobra— por la rapidez y violencia con que fue ejecutada.

Apartándose del guardia que había abierto la puerta, se apoderó de él y, con extrema violencia, lo lanzó contra su armado compañero.

Como éste tenía el dedo en el gatillo, disparó, matando al otro.

Pero la intensidad del choque fue tal que los dos cuerpos cayeron al suelo y la proximidad de ambos ahogó en gran medida el sonido del disparo.

Sin perder un segundo, Tamerlán golpeó repetidamente la cabeza del ya atontado sobreviviente sobre el piso de piedra. Se excedió en sus precauciones porque, después del primer golpe, el hombre había perdido el sentido.

Los prisioneros se hicieron con las dos pistolas de los guardias y revisaron el lugar en busca de más armas.

Sorprendentemente, René encontró una granada, olvidada en un cajón que había contenido muchas más. Se apropió de ella, colgándola de su cinturón.

Ahora todo dependía de la suerte y de la buena memoria de Tamerlán.

Este no dudó en encabezar la marcha. Siguió en dirección a la escalera ascendente, pero pasó junto a ella, rebasándola.

Al frente, y a una distancia como de tres metros, se veía una puerta cerrada de gruesa madera. El viejo se dirigió rectamente hacia ella.

Intentó abrirla, pero todos sus colosales esfuerzos fueron inútiles.

—Me lo temía —susurró a su compañero—. Esta puerta hace muchos años que no se ha abierto...

—Tendremos que disparar sobre la cerradura —decidió René.

—Pero el ruido del disparo...

—No tenemos opción.

El mismo efectuó el disparo. En el subterráneo recinto sonó como un cañonazo.

Pero con mi puntapié la puerta se abrió por completo.

Tal como Tamerlán lo dijera, una abertura descendente, excavada en la roca, se mostró ante ellos.

René se había apoderado de la linterna de los guardias, alumbrándose con ella, y encabezó la marcha.

Las paredes chorreaban humedad y la atmosfera era casi irrespirable. Pero el mayor peligro era la constante posibilidad de resbalar en el suelo rocoso y húmedo.

De pronto se oyeron gritos de advertencia tras ellos.

René se volvió, para ver a un par de sombras que aparecían por

la puerta. Disparó sobre ellas y las figuras desaparecieron.

Pero ahora los prófugos sabían que habían sido descubiertos.

El pasadizo, según informara Tamerlán, conducía a una vieja mina de agua, en desuso desde muchos años atrás.

El espejo de agua no era muy grande, unos cinco o seis metros, pero el líquido emergía a una temperatura muy próxima a su punto de congelación y tendrían que atravesarlo a nado, ya que su profundidad era grande, desde luego mayor que la estatura de un hombre.

Temeroso de que el corazón del viejo no pudiera resistir el intenso frio, René se ofreció a ayudarle en el cruce, pero el otro desechó furioso la invitación.

Al llegar a las oscuras aguas, se zambulló en ellas como si de una piscina veraniega se tratara.

René se pego a él, dispuesto a prestarte esa no querida ayuda.

Pero no fue necesario hacerlo. En realidad, el cruce no duró más de un minuto, ya que la distancia entre orillas era mínima.

Castañeteando sus dientes, René emergió junto a su compañero, que le hizo un grosero gesto de burla. El no castañeteaba.

Tenían que darse prisa, porque existía el riesgo de que les estuviesen esperando en la salida hacia la que se dirigían.

Tamerlán estaba seguro de que Ashkalut no conocía la existencia de la mina, pero no podía estarlo tanto de que no la conocieran algunos de los que habían sido sus hombres.

Pero la suerte siguió sonriéndoles. Una treintena de metros más allá del agua, la caverna terminó abruptamente.

Por un terrible instante, René temió que no hubiera salida para ellos, pero su compañero ya estaba empleando su colosal fuerza para abrir una puerta-trampa que estaba sobre sus cabezas.

Cuando estuvo abierta, René insistió en subir primero. Izándose sobre sus brazos, pronto logró su objetivo.

Se encontró en el interior de lo que parecía un inmenso almacén, apenas iluminado por luces que entraban del exterior, a través de grandes ventanas acristaladas.

Pero no tenía tiempo para seguir mirando. Su compañero reclamaba a gritos su ayuda para emerger de la caverna.

No fue fácil, pero lo lograron.

—Aquí dormían las tropas —explicó Tamerlán, señalando a su

alrededor.

Aguzando la vista, René descubrió restos de camastros amontonados contra las paredes. El espectáculo no era interesante y ellos tenían por delante la fase más peligrosa de su huida.

—¿Hacia dónde? —preguntó al siberiano.

Este señaló un punto a sus espaldas.

El objetivo de ambos era, naturalmente, los caballos.

Atravesaron a la carrera la puerta que Tamerlán había abierto sin dificultad, y se encontraron en un gran patio, totalmente a oscuras. El siberiano apuntó con su índice a un edificio de vastas proporciones situado frente a ellos.

Por la especial conformación de la construcción, **René** adivinó que allí estaban los caballos.

El éxito estaba, como quien dice, al alcance de sus pies.

Siguieron corriendo hacia la libertad. Cuando habían cubierto la mitad del trayecto alguien lanzó una bengala y el patio se llenó de una intensa y delatora luz plateada.

Por instinto, los dos se arrojaron al suelo, mientras la inevitable lluvia de balas buscaba sus cuerpos.

René se maldijo a sí mismo por no haber evitado una trampa tan obvia, pero ya nada podía hacerse, más que confiar en la suerte.

Los dos rodaban sobre sus cuerpos, en un intento por alejarse lo más posible del lugar donde la fugaz luz les había mostrado a sus enemigos.

Pero el número de balas que caía junto a ellos era excesivo como para seguir evitándolas indefinidamente.

De pronto, René escuchó un ruido junto a él y la mano de Tamerlán que le asía por el brazo y tiraba fuertemente hacia él. Se dejó llevar.

Pronto pudo comprender el motivo de las extrañas maniobras de su compañero.

Y supo que el extraordinario conocimiento del lugar que tema, acababa de salvarle la vida.

La casualidad, o la buena estrella de los dos, había querido que a muy poca distancia de donde les descubriera la bengala, estuviera una de las entradas a los desagües del edificio.

Tanteando en la oscuridad, el siberiano había dado con la argolla que abría la puerta-trampa y su extraordinaria fuerza hizo el

resto.

Ahora René le seguía en su descenso por una escalerilla vertical de peldaños empotrados en el cemento.

El enfurecido concierto de los disparos continuaba con toda su fuerza sobre sus cabezas.

Ahora este sonido se había convertido en música celestial para ellos, porque significaba que su «desaparición» aún no había sido descubierta.

Siguieron la angosta vereda que bordeaba el arroyo de aguas malolientes.

—La próxima salida tiene que ser la de las caballerizas —dijo Tamerlán.

Los dos iban tanteando la pared porque la oscuridad era completa.

Por fin las manos del siberiano, que encabezaba la marcha, tropezaron con los peldaños de una nueva escalera.

—Aquí es —anunció.

El subió el primero para utilizar su fuerza en la apertura de la pesada trampa.

Muy pronto los dos pudieron comprobar con satisfacción que el cálculo había resultado exacto.

Se encontraban en el centro de una inmensa caballeriza, donde descansaban no menos de treinta caballos.

Había que ensillar dos, montarlos y escapar, todo sin ser vistos.

—Ocúpese usted de preparar los caballos —decidió René—. Yo me ocuparé de los guardias.

Porque era razonable suponer que los bandidos, sabedores de la fuga, no se habrían contentado con esperarles en el gran patio. Los caballos tenían que estar muy bien guardados.

Lo estaban, pero no tanto como René temía que estuvieran.

En la abierta entrada a la que se acercó sigilosamente, cinco hombres bien armados montaban guardia.

La cosa no estaba tan mal, después de todo, decidió. Pero tenía que asegurarse.

Trepó por montones de heno resbalando más de una vez y desgarrándose la cara y las manos con el forraje. Por fin llegó a la cumbre.

Desde allí, por entre las tablas mal unidas que formaban la

pared del establo, pudo estudiar el exterior.

No había más guardias que los cinco de la entrada, al menos a la vista.

Pero los del patio ya sabrían que estaban disparando a las piedras. Lo importante, lo vital, era no perder ni un segundo.

Se dejó resbalar hasta el suelo y corrió en silencio al lugar donde el siberiano terminaba de ensillar a dos hermosos caballos tártaros.

—Sólo hay cinco guardias en la entrada —informó el recién llegado.

—Buena noticia —contestó el otro—. ¿Ya tiene un plan?

René siempre tenía un plan.

—Saldremos al galope —dijo—. La sorpresa les paralizará el tiempo suficiente como para que comencemos a alejarnos hacia la oscuridad. En cuanto no haya riesgo para nosotros, les lanzaré la granada.

—¡Manos a la obra! —aprobó Tamerlán, y montó sobre la silla del caballo que tenía más próximo.

René le imitó y, una vez arriba, sacó la granada de su cinturón.

—Dispararé unos tiros para aumentar la confusión —dijo el siberiano, ya con la pistola en su mano.

El francés aprobó con un gesto.

Y los dos espolearon sus cabalgaduras. Unos diez metros les separaban de la entrada.

No se cuidaron de evitar el ruido de los cascos sobre el piso de piedra, por lo que un par de imprudentes guardias se asomaron alarmados al interior del establo.

Tamerlán disparó sobre ellos. Uno cayó y el otro se echó hacia atrás, hacia la oscuridad exterior.

Siempre disparando, el siberiano pasó entre los atónitos bandidos, seguido por René.

Otro de los guardias cayó y sólo entonces los sobrevivientes se echaron los fusiles a la cara.

Pero no llegaron a disparar, porque el francés les lanzó su famosa granada.

La explosión casi volteó de sus cabalgaduras a los fugitivos, pero los dos pudieron mantenerse sobre sus monturas.

Volviendo la vista atrás, René pudo comprobar que no quedaban

bandidos vivos a la vista.

Pero había conseguido algo más con la explosión: comenzar un fuego que acabaría por destruir el establo y aterrorizar a los caballos lo suficiente como para que, enloquecidos, destruyeran las frágiles paredes y huyeran a campo traviesa.

—¡Creo que hemos dejado sin medios de transporte a nuestros amigos! —gritó René.

—Tienen más caballos —le calmó su compañero, agregando—: Pero no nos encontrarán en el lugar al que vamos...

René decidió no seguir haciendo comentarios ni preguntas. Tenía plena confianza en Tamerlán, seguro que había sido un bandido y un asesino en sus tiempos, pero gracias a él estaba libre.

Y además, desde el final del petróleo y el auge de las drogas y de todo lo demás, ¿quién tenía las manos limpias?

La desaforada carrera a través de la noche y de la estepa duró casi una hora. Después, el siberiano redujo la marcha de su caballo, siendo de inmediato imitado por René.

Los animales resoplaban y estaban cubiertos de sudor, pese al frío de la hora, pero se mantenían enteros, haciendo honor a la ponderada resistencia de su raza.

A un trote largo, prosiguieron la huida.

No había habido señales de los bandidos.

—Nos están buscando por el sur —explicó Tamerlán—. Imaginan que voy hacia el caserío donde me encontraron...

—¿Y hacia dónde vamos?

—Como podrá imaginar, durante todos estos años me he cuidado de tener varios escondites preparados... Vamos hacia uno de ellos.

Cabalgaron en silencio durante casi tres horas más. La noche era todavía más oscura que horas antes, lo que indicaba que el amanecer no estaba lejano.

El aire cada vez más fresco y ciertas vacilaciones de los caballos, hicieron comprender a René que estaban lentamente ascendiendo.

Se veían algunas pequeñas elevaciones, dentro de un terreno siempre estepario y totalmente desierto.

René reparó en el hecho de que durante toda la carrera no habían cruzado ningún lugar habitado, ni siquiera una sola granja.

Por fin Tamerlán detuvo su marcha frente a una de las

elevaciones.

—Hemos llegado —anunció, mientras desmontaba.

El francés miró asombrado a su alrededor. No se veía ninguna construcción ni señal de refugio de cualquier índole.

El siberiano estalló en una larga carcajada.

—¡Está mirando en la dirección equivocada!... —se burló.

René se volvió a mirarle. El otro le estaba señalando la colina.

Miró con más detención, pero no pudo descubrir, a la escasa luz de una pálida luna, más que una pared desnuda, con muy poca vegetación en ella.

Hizo un gesto de impotencia a su compañero, y se apresuró a desmontar.

Su caballo resopló largamente, como agradeciéndole el descanso.

Tamerlán estaba entregado a un extraño rito: palpaba la base de la colina con ambas manos. René empezó a comprender.

Pronto toda una sección de la pared comenzó a girar sobre sí misma, dejando al descubierto una abertura de no menos de seis o siete metros de ancho, por casi otros tantos de largo.

—En otros tiempos yo fui muy poderoso —explicó Tamerlán, al mudo asombro de su compañero, agregando inesperadamente—: Usted no es profesor, ¿verdad?

De nada valía proseguir el engaño.

—No. Soy capitán del ejército francés.

—Me imaginaba algo por el estilo. Ya que gracias a usted he conseguido escapar.

Eso no es cierto. Ha sido gracias a *usted* que he podido escapar *yo*. Y a propósito, ¿por qué no huyó solo, si hubiera podido hacerlo?

Tamerlán rió complacido.

Le agradezco que me lo diga, pero *no* hubiera podido. Ya estoy viejo para intentar solo tales aventuras... De no haber sido por usted, hubiera comprado mi rescate al maldito Ashkalut. Me alegro de no haberlo hecho... Y por eso tengo un pequeño regalo para usted, si sabe cómo usarlo...

Intrigado, René le siguió al interior de la cueva.

Era más que eso. Era una inmensa cavidad, seguramente natural, que se estrechaba hasta las medidas de la entrada, pero que en su interior debía alcanzar los veinte metros de anchura y no menos de

quince de alto.

No estaba vacía. Como en una moderna «cueva de Ah Baba», había en ella cajones de todo tipo. A la luz de las numerosas bombillas eléctricas que Tamerlán había encendido —«Todavía funciona el generador», comentó con satisfacción—, René pudo ver que la procedencia de las mercancías no reconocía fronteras. Había cajones «made in England», «fabriqué en France», y, por supuesto, muchos rusos y americanos. Sus contenidos por las diferencias de tamaños y formas, debían corresponderse dignamente con la heterogeneidad de sus orígenes.

Pero no fueron los cajones lo que atrajo la atónita mirada de René.

En el centro de la inmensa caverna se hallaba un aparentemente flamante helicóptero, con la estrella roja de la Unión Soviética.

—Sus tanques están llenos de combustible —rió Tamerlán—. Y es mi regalo para usted, si es que sabe usarlo…

René sabía.

CAPÍTULO VII

Volar a mil quinientos metros de altura —o más, si lo deseaba— era un placer que René no creyó posible volver a disfrutar en toda su vida.

Por supuesto, había volado muchas veces en aviones comerciales durante su infancia y su adolescencia. Incluso había llegado a hacer el curso de piloto civil, cuando ya estaba en la Academia Militar.

Pero de inmediato se acabó el petróleo y lo primero que se acabaron fueron los aviones. Comenzaron una a una a desaparecer las grandes líneas comerciales y, finalmente, tampoco quedó combustible para hacer volar a los aviones militares.

Por supuesto las grandes potencias —Francia incluida— tenían pequeñísimas reservas secretas de combustible de aviación, pero ellas estaban destinadas, como se decía con fúnebre humor, «para impulsar al avión que largaría la *última* bomba»...

Ahora, solo en la inmensidad del cielo gris del amanecer, se sentía feliz y poderoso.

Lamentó una vez más que Tamerlán no hubiera querido acompañarle a compartir con él una aventura cuya naturaleza no le había revelado. Pero el viejo se disculpó diciéndole que ya estaba cansado de aventuras.

Tenía una fortuna y creía poder contar con algunos fíeles desperdigados por el territorio. Pensaba, según sus palabras, «hundirse en la estepa».

René se despidió del viejo bandolero con algo parecido al afecto.

Al fin y al cabo le debía, si no la vida, al menos una rápida liberación y el más veloz medio de transporte con el que jamás hubiera podido soñar.

Rió pensando lo que dirían Duval, Pertier y el mismo coronel

Hormais, si pudieran verle.

Como haciendo una demostración a un inexistente público, René señaló ampulosamente el complejo tablero de mandos.

Y entonces reparó en la radio.

Increíblemente, se había olvidado de ella.

Claro está que no podía delatar su posición a eventuales enemigos, pero podía *escuchar*.

Años atrás, casi todas las frecuencias estaban cubiertas por las voces de los controladores aéreos, que dirigían los vuelos dentro de sus respectivos radios de acción.

Ahora, como seguramente habría ocurrido setenta u ochenta años atrás, sólo se escuchaba música y palabras en el éter.

Curiosamente, lo primero que captó René fue a una mujer cantando en inglés. Después una ópera en ruso. Finalmente noticias, también en ruso.

El locutor se refería a alguna información de trascendental importancia, que daba por sabida.

—«...Del mundo. Pero las Naciones Unidas no se someterán al chantaje. La Unión Soviética ha alertado a los pueblos marginales sobre la posibilidad de que se trate de una nueva maniobra del imperialismo-para confundir a los movimientos progresistas...»

El locutor siguió extendiéndose en sus archisabidas consignas, por lo que el francés siguió dando vuelta al dial.

Por fin captó lo que supuso sería la BBC, de Londres.

—«...Británico —estaba diciendo el locutor— ha decidido no acceder al chantaje, pese a que los gobiernos de Alemania Federal y de Francia sí lo han hecho. Inglaterra luchará, aunque tenga que hacerlo sola, según ha dicho el primer ministro.

»E1 gobierno y el pueblo británicos esperan con ansiedad las decisiones que tomen los gobiernos de Estados Unidos y de la Unión Soviética...»

«¿Qué chantaje será ése?», se preguntaba René, en la soledad de su cabina, mientras se acercaba a 300 kilómetros por hora hacia su viejo objetivo de Añadir.

De improviso tuvo la seguridad de que lo que tanto preocupaba a todo el mundo estaba directamente relacionado con las explosiones nucleares, es decir, con su misión.

Volvió a girar el dial.

—«Como se sabe —decía la voz, con tremendo acento yanqui—, los chantajistas nucleares exigen la sumisión de todos los gobiernos, a cambio de no destruir la Tierra con sus bombas.»

René no pudo evitar un silbido de admiración y asombro. Imaginaba algo por el estilo, pero no tan grande.

El dominio del mundo... Era mucho pedir, sin duda, pero ¿qué podrían hacer los otros?

Sin petróleo, es decir, sin energía, nada complejo y sofisticado puede funcionar.

Claro que si todos los países se unieran, facilitándose unos a otros información y el poco petróleo que todos guardaban...

Pero pensar en una posible unión a escala mundial era perder el tiempo.

René prefirió seguir escuchando.

—«Comunistas. Por lo tanto, el gobierno de los Estados Unidos tiene fundados motivos para creer que se trata de una maniobra del Kremlin tendiente a apoderarse de nuestras reservas secretas de combustibles, con la pueril excusa de una amenaza nuclear a escala planetaria...»

Furioso, René estuvo a punto de apagar la radio. «Si los americanos escucharan lo que dicen los rusos y viceversa —pensó —, tal vez se convencieran de la verdad.»

Pero no había cuidado de que eso sucediera, todos los gobiernos tenían bien montadas sus redes de interferencias para evitar que sus ciudadanos escucharan lo que no tenían que escuchar...

Comprobó su situación con el instrumental. Estaba a sólo unos quinientos kilómetros de su objetivo.

Llegaría a plena luz del día, pero eso no tenía remedio. Mientras pensaba en encontrar un lugar «discreto» para aterrizar, volvió su atención a la radio.

El locutor americano estaba diciendo precisamente la que él esperaba oír:

«El plazo dado por los chantajistas nucleares finaliza mañana, a las ocho de la mañana, hora del Este de los Estados Unidos de América...»

No se tomó el trabajo de calcular la diferencia horaria. Fuera cual fuera, eso significaba una sola cosa: su misión informativa era totalmente inútil.

Ya no había tiempo para nada. Ni siquiera para regresar en el helicóptero al punto más próximo a Francia que el combustible permitiera.

Pensó en dar un giro de ciento ochenta grados y volver a París, a la seguridad.

¿A *qué* seguridad?, se preguntó aterrado.

En más o menos veinticuatro horas, el mundo podía volar en pedazos o quedar sometido a la omnímoda voluntad de un grupo de dementes…

Entonces una fría luz se abrió paso por las tinieblas febriles de su cerebro.

Con asombro y miedo, descubrió que él, René Bastierre, era el único que podía hacer algo para evitar la hecatombe.

Excepto que los Estados Unidos o la Unión Soviética tuvieran información precisa y se dispusieran a actuar…

Pero recordó las invectivas que se cambiaban los locutores de ambos países y decidió que ninguno de los dos haría nada. Preferían creer que se trataba de una estratagema de su tradicional adversario.

Probablemente eso les hacía sentir más seguros.

En cuanto a Francia, conocía el posible emplazamiento de la base nuclear, pero no disponía de combustible para que sus aviones la destruyeran.

Claro que podía poner en conocimiento de las Naciones Unidas su descubrimiento, pero René dudaba mucho de que lo hiciera, todavía aferrado a la esperanza de recibir completa información de él mismo y así demostrar al resto del mundo que eran los más listos.

Especialmente demostrar a los alemanes que eran más listos que ellos.

Eso explicaba lo que dijera un locutor, acerca de que Francia estaría dispuesta a someterse al chantaje.

Evidentemente, trataban de ganar tiempo.

Ganar tiempo, ¿para qué? ¿Qué esperaban que él pudiera decir… *o hacer*?

* * *

De pronto, vio el mar bajo sus pies.

Sorprendido, consultó sus instrumentos. Recordó que, minutos antes, una cadena de montañas le había obligado a ascender hasta

más de 2.500 metros de altitud.

No cabía duda, se había desviado algo más de un centenar de kilómetros de su objetivo. Ahora estaba volando sobre el Mar de Bering, habiendo dejado Añadir al sur.

Era fácil corregir el error y hasta puede que hubiera sido conveniente el cometerlo. Así había evitado una posible detección desde tierra.

Dando un amplio giro, comenzó el retorno.

A los pocos minutos, la línea de la costa apareció ante sus ojos. Según sus precisos cálculos, la antigua base nuclear soviética de Añadir tenía que encontrarse a unos cuarenta y siete kilómetros al sur-suroeste de su propia posición.

Tomó el rumbo adecuado.

Si los hombres de la base disponían de pantalla de radar, ya le habrían descubierto, pero él prefirió creer que, de esperar visitas indeseables, las esperarían por el lado del continente.

De todos modos, decidió tomar tierra a cinco kilómetros de distancia de su objetivo.

Sin problemas de tráfico aéreo, fue descendiendo suavemente, con tiempo de reconocer el lugar.

Unos kilómetros antes de alcanzar la distancia elegida para aterrizar, pudo ver la ciudad de Añadir, que resultó más grande e importante de lo que el mapa permitía suponer.

Poseía un puerto relativamente grande, aunque ahora se le viera totalmente vacío de barcos, a excepción de una docena de pequeños veleros, seguramente pertenecientes a pescadores locales.

Entre la ciudad y el punto donde él mismo se hallaba, pudo distinguir, entre bosques, algo así como una gigantesca factoría, con altas torres de un diseño extraño.

Sin duda, se trataba del antiguo almacén nuclear, o base táctica soviética, pero ¿para qué las extrañas torres cuadradas?

Ya tenía suficientes comentarios por desentrañar.

Descendería, echaría todas las ojeadas que le fuera posible y regresaría al helicóptero.

Había tomado una decisión: ayudaría en la medida de lo posible a la salvación de la Tierra.

Esto podía parecer una perogrullada, pero para René Bastierre, capitán del ejército de Francia, no lo era en absoluto.

Es más, su decisión, en el improbable caso de que saliera con vida de la misión y que la Tierra no volara en pedazos, le valdría el consejo de guerra y una condena a muerte por alta traición a la patria.

Y todo porque había decidido, habida cuenta de que no tenía tiempo para hacer lo que se le había ordenado, comunicar toda la información que lograra obtener por la radio del helicóptero.

La oyera quien la oyera…

Como militar que era, René estaba acostumbrado a obedecer las órdenes que se le daban sin chistar.

Así era el sistema y estaba de acuerdo en que así tenía que ser.

Pero seguramente los que habían hecho el reglamento no se habían planteado nunca la posibilidad de que alguien se encontrara en la situación en la que se encontraba el.

Tal vez fuera el primer militar en la historia del mundo al que se le planteaba la disyuntiva de ser fiel a su país o ser fiel a toda la humanidad.

No existiendo precedentes, tenía que tomar una decisión por sí mismo.

Y el ya la había tomado.

CAPITULO VIII

Aterrizó sin novedad en el claro de un bosque.

Aunque en forma harto precaria, disimuló lo mejor que pudo el helicóptero con ramas. No logró un gran éxito en su tarea, pero consideró que era su obligación tomar todos los recaudos.

Antes de dejar el aparato hizo dos cosas.

Conectó por última vez la radio y tuvo la paciencia de esperar hasta dar con un locutor de noticias que hablara en una lengua conocida por él.

Le tocó uno ruso. Además de las imprescindibles diatribas contra el imperialismo yanqui, sacó en limpio que los chantajistas se denominaban a sí mismos Los Superhombres, y que los comunicados estaban firmados por su jefe, un tal Kader.

En su proclama-ultimátum habían prometido a la humanidad «una vida feliz, en base a la obediencia y la disciplina».

«No han inventado nada nuevo», pensó René, que se había pasado sus estudios de Historia Universal leyendo frases como ésa.

Lo segundo que hizo antes de dejar el helicóptero fue proveerse de un pequeño, pero selecto, arsenal.

En la caverna de Tamerlán se había hecho con una pequeña pistola, que podía llevarse en cualquier bolsillo sin llamar la atención y que, según el experto siberiano, era inevitablemente mortífera a cincuenta metros de distancia.

También en la caverna se había provisto de un notable modelo de granada alemana, que tenía el tamaño y la forma de los bolígrafos tan en boga unas decenas de años antes.

Incluso tenían un dispositivo externo que permitía sujetarlas al borde superior de cualquier bolsillo, como solían tenerlo los auténticos bolígrafos.

Siempre según Tamerlán, tenían el mismo poder destructivo que las granadas comunes.

René colocó tres en el bolsillo superior de su chaqueta. Finalmente, metió en su cinturón un pequeño cuchillo de caza, que encontró en la cabina del helicóptero.

Así pertrechado, inició su marcha de cinco kilómetros.

Caminaba protegiéndose tras los árboles que crecían casi sin interrupción al borde de un camino vecinal.

Durante los primeros tres kilómetros, sólo se cruzó con un chico en bicicleta y un viejo que marchaba en dirección contraria, fumando calmosamente una pipa.

Ninguno de los dos le vio a él.

Al finalizar el cuarto kilómetro descubrió a tiempo un grupo de hombres armados, que habían cruzado el camino con una barrera.

No le fue difícil rebasarlos sin ser visto, gracias a la generosa protección de árboles y malezas.

Pero, un par de cientos de metros más allá, los árboles comenzaron a ralear peligrosamente, siendo sustituidos por pequeñas parcelas cultivadas y varias cabañas de modesta apariencia.

Algo muy obvio no se le había ocurrido a René, y ese algo era el hacerse con ropas más acordes con la región.

Los hombres que ahora veía trabajando los campos estaban vestidos con gruesos pantalones de basta tela y unas como blusas de anchas mangas. Algunos se cubrían del sol con sombreros y gorras.

Aunque sucio y, en algunas partes, con desgarrones, René seguía vistiendo el traje europeo.

Ridículo pretender pasar inadvertido con tan obvia vestimenta.

Con relativa facilidad podía matar a alguno de esos hombres que se ofrecían a su vista y hacerse con sus ropas, pero esto tenía dos inconvenientes. Que él no gustaba de matar a seres indefensos y que su acción podía ser advertida y ponerle al descubierto.

Pero había algo más. Los hombres que estaba viendo eran simples campesinos, cabía dentro de lo posible que los que trabajaran dentro de la base nuclear estuvieran uniformados, tal vez de la misma manera que los hombres que montaban guardia en el camino.

Estos vestían una especie de «monos» negros, con una insignia

en el pecho que René no logró descifrar. También tenían gorros del mismo color en sus cabezas.

Para salir de dudas, el francés decidió aproximarse más a la base, aunque la maniobra fuera harto arriesgada.

Tenía que elegir entre salir al camino o atravesar los sembradíos. Eligió esto último, como la opción menos peligrosa.

Un campo de maíz le proporcionó adecuada protección durante un centenar de metros, pero después los cultivos eran bajos y había que olvidarse de buscar escondites seguros.

Pero la suerte siguió de su lado.

Cuando se disponía a avanzar reptando los centenares de metros que le faltaban para llegar a la base, cuya imponente mole y extrañas torres se alzaban ante él, hizo un salvador e imprevisto descubrimiento.

Bastante a su izquierda, y oculto antes de su vista por los sembrados, corría un arroyuelo.

El curso de agua, seguramente producto de los deshielos en las montañas próximas, era muy pequeño, pero en sus orillas crecían juncos de regular tamaño y, lo más importante, se dirigía en línea recta hacia la base, en la que parecía penetrar.

Sin pensarlo dos veces, René marchó casi arrastrándose hasta el arroyo y se introdujo en él.

Como había imaginado, el agua apenas le llegaba a las rodillas.

Pero la profundidad, aunque pequeña, del cauce y la altura de los juncos en las orillas, eran suficientes para ocultarlo a la vista de los que miraran desde los campos de labranza.

De repente, a menos de cien metros de la alta verja de la base, coronada por alambre de púas y, más que seguramente, electrificada, el cauce de agua se estrechaba por una canalización artificial y acababa por ser engullido con una gran tubería de más de dos metros de diámetro.

La tentación era tremenda para René. Si se metía en la tubería, lograría entrar en la base sin ser visto.

Pero la corriente, al estrecharse, se había hecho rápida y ¿quién le garantizaba que tuviera en el tubo aire suficiente para respirar?

Por otra parte, ¿adonde iría a parar esa agua?

¿Y si no salía al exterior?

Al borde del conducto, y haciendo fuerza para no ser arrastrado

por la corriente, René intentó pensar con calma.

Era absurdo suponer, se dijo, que toda esa agua se hubiera canalizado y entubado sólo para que se perdiera en las profundidades.

No era, ni mucho menos, un experto en física nuclear, pero recordó que en todo lo relacionado con las bombas nucleares, el agua —en grandes cantidades— juega un papel muy importante.

Decidió que ese caudal iría a parar a piletas de enfriamiento o algo por el estilo. De todos modos, que saldría a la superficie.

Puede que esto lo creyera porque quería creerlo, más que por convencimiento «científico», pero se le presentaba una oportunidad increíble para penetrar en la base, y él no tenía tiempo ni ganas de desaprovecharla.

Sólo se aseguró de que entre el nivel superior de la corriente y el «techo» del tubo quedara un espacio con aire suficiente para respirar y, sin pensarlo más, se zambulló hacia la oscuridad.

Prefirió nadar a caminar —aunque el nivel del agua todavía lo permitía—, porque la fuerza de la corriente era peligrosamente fuerte.

Cuando estaba braceando en la más completa negrura, se te ocurrió pensar que podían existir delgados filtros al final del camino y ese pensamiento le hizo un nudo en las tripas.

Pero siguió adelante, porque no tenía más remedio.

A medida que avanzaba, y calculaba llevar recorridos más de cien metros, se le hacía más dificultosa la respiración.

La capa de aire no tendría más de veinte centímetros y eso, sumado a la fuerza de la corriente y a sus propias brazadas, hacía que más de una vez aspirara agua, en lugar de aire.

Por fin, con los pulmones sonando como fuelles, distinguió una luminosidad creciente frente a él.

Por primera vez en toda la misión, el miedo se apoderó de él.

Iba a enfrentarse con el fin del camino y, según como fuera ese final, seguiría viviendo o moriría asfixiado.

Pero de inmediato se le ocurrió pensar que tal vez se salvara de ésa, para morir un minuto más tarde a manos de cualquiera de los asesinos que estaban arriba de su cabeza.

Y, curiosamente, ese fúnebre pensamiento le quitó el miedo.

Había un enrejado al final de la tubería. Junto a él se

amontonaban algunas basuras arrastradas por la corriente y para evitar el paso de las cuales el filtro se había instalado.

Ganando segundos a la asfixia, René introdujo sus dedos entre la malla metálica y tiró con fuerza hacia sí. Pero la estructura no cedió.

Entonces se acordó del cuchillo en su cintura. Introdujo la fuerte hoja entre el borde del enrejado y la pared y presionó con toda la potencia de que fue capaz.

Los tornillos que sujetaban el entramado y que debían quitarse con frecuencia para operaciones de limpieza, cedieron unos milímetros.

Boqueando como un pez fuera del agua, el francés aumentó la presión hasta el límite de sus fuerzas.

Los tornillos del lado donde ejercía la presión, saltaron. Como la estructura era de aluminio, le fue fácil a René doblarla lo suficiente como para poder pasar a través de ella.

Desembocó en una gran pileta, de dimensiones similares a las de una piscina de natación convencional.

Con sus pulmones a punto de estallar, aspiró bocanada tras bocanada de aire, sin cuidarse del peligro que significaría el ser descubierto.

En esos instantes, para él, lo primero era vivir.

Pero apresuró al máximo su recuperación y, ya normalizado su ritmo respiratorio, miró a su alrededor.

Se encontraba en una estancia techada e iluminada artificialmente. Por las paredes corrían gruesas tuberías, pintadas de distintos colores. Por el movimiento del agua pudo imaginar que la pileta en la que se encontraba se continuaría con otra que estaba fuerce su vista.

Lo más importante para él fue constatar que ningún ser humano estaba a la vista.

Con suaves brazadas buscó y encontró una escalerilla y salió al exterior.

Bien, ya estaba dentro. Pero con sus ropas empapadas y su pequeño arsenal, más que seguramente, inutilizado.

Poco era lo que podía hacer en esas condiciones.

Lo primero, procurarse ropa seca.

Podía ocultarse allí mismo y esperar la llegada de algún operario

que, más tarde o más pronto, tendría que ir por allí a realizar alguna tarea de mantenimiento o de lo que fuese.

Esto tenía la ventaja de concederle cierto margen de seguridad —al actuar en terreno que ya le era conocido— y el importante factor sorpresa.

Pero también tenía la enorme desventaja de que la espera podía prolongarse por horas. Y tiempo era, precisamente, lo que menos le sobraba al francés.

Mientras dejaba escurrir el agua de sus empapadas ropas, pensó con criterio realista:

«La posibilidad de salir vivo de aquí debe ser de una en un millón. Aceptada tan lamentable circunstancia... intentemos hacer las cosas lo mejor posible.»

Había cuatro puertas de acero, todas cerradas. Eligió la más próxima, porque igual le daba una que otra.

Como imaginara, la puerta no estaba cerrada con llave. Con todas las precauciones de quien no sabe qué va a encontrar al otro lado, comenzó a abrirla.

Utilizaba su mano izquierda para hacerlo; con la derecha empuñaba el cuchillo, única de sus armas de la que podía fiarse.

Lo primero que atrajo su atención fue el ruido. Aun con la puerta cerrada había escuchado un sordo zumbido, como de varios motores en sincrónico movimiento.

Ahora, tras abrir la puerta, el ruido era casi ensordecedor.

una primera ojeada bastó a René para descubrir que se trataba del cuarto de calderas. Y, aunque distaba de ser un experto en la materia, no dejó de sorprenderse al tener la casi seguridad de que se trataba de calderas alimentadas... ¡a petróleo!

Pero lo más importante no era eso, sino los dos hombres que se mostraron a sus ojos. Eran dos engrasadores, que recorrían lentamente las calderas, vigilando los manómetros.

Estaban de espaldas al francés y, de no darse vuelta de improviso, era imposible que le descubrieran, ya que el rugir de las máquinas cubría todo posible ruido que él pudiera hacer.

Mientras avanzaba sigilosamente hacia una salida lateral, decidió perdonarles la vida a los dos operarios.

De nada le valdría matarles. Sus monos cubiertos de grasa de ninguna manera le serían útiles para transitar libremente por las

instalaciones. Sólo si le descubrían tendría que matarles...

Pero no le vieron y pudo salir tranquilamente del sofocante recinto.

La estancia en la que se encontró era más bien pequeña y parecía servir como almacén de las calderas. Una escalera metálica, estrecha y empinada, llevaba a los pisos superiores.

Confiado en su buena suerte, que no parecía dispuesta a abandonarle, René comenzó a ascender por ella.

El tramo hasta llegar al piso superior era más breve de lo que había imaginado.

Y cuando casi dio de manos a boca con el guardia armado con una metralleta, era demasiado tarde para hacer planes...

CAPITULO IX

Lo único a favor del francés era que el otro hombre había quedado tanto o más atónito que él mismo ante la inesperada aparición.

Y, finalmente, el subconsciente de René estaba mejor entrenado que el de su contrincante para hacer frente a situaciones imprevistas.

Además, todavía empuñaba el cuchillo en su mano derecha...

Tras la fracción de segundo de inmovilidad, su diestra se lanzó con toda su fuerza hacia adelante, dispuesta a clavar el acero en el cuerpo del guardia.

Pero éste también logró reaccionar en el último segundo y, más por instinto que por otra cosa, dio un salto hacia atrás.

El cuchillo sólo llegó a darle un ligero pinchazo en la epidermis del abdomen.

Y el hombre seguía empuñando la metralleta.

Ahora sí que René no podía perder un instante o era hombre muerto.

Saltó contra el guardia con el ímpetu suficiente como para hacer que los dos cayeran al suelo, los cuerpos estrechados en infernal abrazo.

Las armas seguían en sus manos, pero ninguno de los dos podía utilizarlas.

El francés propinó un tremendo puñetazo en la cabeza del otro, pero no consiguió hacerle perder el conocimiento, como era su intención.

Demostrando una fuerza y astucia inesperadas, el guardia dio violentamente con la metralleta en el cuello de René, obligándole a llevar sus dos manos a la garganta, ante la sensación de asfixia

inminente que le sobrevino.

El otro aprovechó la ventaja para comenzar a incorporarse, apuntando con la metralleta al francés.

Pero éste también reaccionó a tiempo y se tiró a los pies del otro, haciéndole caer nuevamente al suelo.

Pero algo no pudo evitar el rápido ataque: el arma se disparó.

Las balas se perdieron, pero el ruido de los disparos sonó como una ráfaga de ametralladora pesada en el cerrado recinto.

Rogando porque nadie lo hubiera oído, René se lanzó sobre su enemigo, todavía desconcertado por la caída.

Ahora no le fue difícil clavarle el cuchillo en el lugar donde se supone que está el corazón.

—¡Eh, Boris! ¿Qué pasa allí abajo? —las palabras, dichas en ruso, le sorprendieron cuando comenzaba a despojar de sus ropas al guardia, que todavía no había acabado de morir.

No se animó a responder, limitándose a arrastrar el cuerpo tras lo que parecían grandes botes de pintura.

Y, naturalmente, empuñó la metralleta.

Si se trataba de salvar su vida, no podía detenerse a pensar en el ruido que podía producir.

Dos cabezas se asomaron cautelosamente por el hueco de la escalera.

—¿Boris...? —dijo uno.

«Si bajan, todo irá bien», se dijo René. Pero si se les ocurría dar la alarma... Siguieron bajando.

Apuntaban al frente con sus metralletas, pero se veía que no creían en un peligro inminente.

—¿No habrás oído mal? —preguntó a su compañero el que hasta entonces no había hablado.

No llegó a haber respuesta, ni él pudo volver a preguntar.

Con una sola y breve ráfaga, René dio cuenta de los dos.

Pero ahora sí tenía que ir de prisa, porque era utópico pensar que la nueva ráfaga no hubiera sido oída por alguien.

Desechó el uniforme del primer guardia muerto, porque la sangre que manaba copiosamente de la herida torácica había manchado en exceso la guerrera.

Se apresuró con el uniforme de uno de los otros dos hombres.

Ya se había puesto los pantalones y comenzaba a abrocharse la

guerrera, cuando uno de los dos engrasadores hizo su silenciosa aparición por la escalera, desde el piso inferior.

Abstraído en su tarea, René adivinó su presencia más que verlo.

Cuando se volvió hacia él ya era tarde, porque el hombre le había descubierto. Estaba desarmado, pero también lo estaba en este instante el francés, con sus dos manos ocupadas en vestirse.

El engrasador gritó algo a su compañero en las calderas, y se apresuró a iniciar el descenso.

Cuando René se hizo con el arma, el otro ya había desaparecido de su vista.

Y no se podía pensar en perseguirle a las profundidades, porque una alarma estaba comenzando a sonar.

En pocos segundos el francés completó su disfraz. Aún tuvo la presencia de ánimo suficiente para guardar el cuchillo en su cinturón y revisar lo¿bolsillos de los guardias, hasta encontrar varios cargadores para la metralleta, con los que se hizo.

Después escapo hacia el lugar aparentemente más peligroso, pero a la larga más seguro.
Es decir, hacia arriba.

Subió a la carrera los doce o quince peldaños que le llevaron hasta el piso superior, para encontrarse en el interior de un gran garaje, donde se guardaban una docena de vehículos de todo tipo.

Desde varios turismos hasta un semiblindado con la estrella del ejército soviético.

Una vez más. René pensó que el petróleo no les faltaba a los Superhombres.

Pero tenía otros problemas más urgentes con que llenar sus pensamientos.

Un grupo de hombres armados entraba a la carrera en el garaje, en el que guardias salieron a recibirles.

—¿Ha ocurrido algo aquí? ¿Por qué está sonando la alarma? —preguntó en inglés uno de los recién llegados.

René se ocultó tras un Land Rover, con el arma lista.

—Escuchamos algo que parecía disparos de metralleta —informaron los guardias—. Igor y Gudi fueron a ver... Después hubo más disparos y comenzó a sonar la alarma...

Sin responder, el grupo se lanzó a la carrera hacia la escalera descendente.

Para René, había llegado el momento de escapar.

Los dos guardias seguían en su puesto, que evidentemente tenían órdenes estrictas de no abandonar, y miraban alternativamente hacia el exterior y hacia la ahora vacía escalera.

René pensó que no sería difícil forzar la salida, matando a los dos con su arma, pero decidió poner en práctica un plan a más largo alcance.

Por su posición con respecto a la salida, eligió un turismo negro, de cuatro puertas, seguramente de fabricación rusa.

Rogando porque tuviera combustible y la llave en el contacto, abrió la portezuela del acompañante, que era la que tenía más cerca.

Los guardias no advirtieron la maniobra, ya que sólo lanzaban ocasionales miradas al interior que, además, estaba en una semipenumbra con relación al aire libre.

Las llaves colgaban del contacto.

René se deslizó rápidamente hasta situarse frente al volante y dio gas.

Ahora sólo faltaba que...

El motor se puso en marcha de inmediato y uno de los guardias señaló, alterado, el hecho a su compañero.

Cuando comenzaron a disparar, René lanzó el coche con el acelerador pisado a fondo contra ellos.

Los dos se echaron hacia atrás, pero sólo uno salió ileso.

El francés no perdió tiempo en volver su vista atrás.

Ante él tenía un camino interior pavimentado. Numerosos guardias transitaban por las aceras, evidentemente alterados por el insistente sonar de la alarma, pero sin saber dónde buscar su causa.

René disminuyó la velocidad, en un intento por pasar desapercibido.

Pero muy pronto descubrió que eso era imposible.

Evidentemente, los guardias no estaban autorizados a conducir vehículos. Uno de sus «colegas» le señaló con asombro a sus compañeros y éstos no dudaron.

Comenzaron de inmediato a disparar sus armas contra el coche, que se alejaba de ellos a velocidad creciente.

El camino era estrecho. Si otro vehículo llegaba a cruzarse...

Pero, de momento, eso no ocurrió.

Una imprevista curva, obligó a René a utilizar a fondo sus conocimientos del arte de conducir, que creía olvidados para siempre.

Frente a él, a una distancia de casi mil metros, aparecieron las misteriosas torres cuadradas.

Y entonces, de golpe, recordando viejas fotografías y retazos de lecciones escolares, René comprendió de qué se trataba.

Eran torres extractoras de petróleo.

Por alguna increíble circunstancia, los llamados Superhombres habían descubierto yacimientos aún no agotados del oro negro.

René comenzó a pensar que ese solo hecho les convertiría, efectivamente, en los dueños del mundo…

Pero no pudo seguir pensando, porque acababa de descubrir que un extraño vehículo, mucho más rápido que el suyo propio, le estaba siguiendo.

CAPITULO X

Tal vez su rara habilidad para reaccionar con inteligencia ante situaciones límite fuera lo que decidió a la computadora seleccionarlo para esa infernal misión.

Al saberse perseguido y condenado a ser alcanzado en segundos, René barajó varias posibilidades y, en una fracción infinitesimal de tiempo, se quedó con la más arriesgada.

Cuando sus perseguidores comenzaban a dispararle, él enfiló rectamente hacia el pozo petrolífero más próximo, sin disminuir la velocidad.

Pero sus intenciones no podían ser adivinadas por sus perseguidores, ya que no se apartó del camino pavimentado.

Las balas silbaban sobre su cabeza, que, por cierto él trataba de proteger en lo posible cubriéndola con el respaldo de su asiento, lo que le obligaba a conducir peligrosamente agachado.

Cuando estuvo a unos cincuenta metros del pozo, se desvió violentamente, subiéndose al césped que llegaba hasta la valla metálica que protegía la torre.

A menos de *diez* metros de ella, pisó el acelerador a fondo y abrió de un golpe la portezuela de su lado.

En un doble e inmediato movimiento, lanzó al suelo la metralleta y se arrojó él mismo, en el preciso instante en el que el coche destrozaba la valla.

Cuando él aún estaba rodando por el césped, cubriéndose la cabeza con ambas manos para protegerla tanto del golpe, como de los previsibles disparos, el vehículo choco con infernal estruendo contra la estructura de la torre.

«Si hay suerte...», se dijo el francés.

Y la hubo... ¡Vaya si la hubo!

Mientras los ocupantes del vehículo perseguidor se detenían aterrados, el feroz impacto derrumbaba la torre de madera, que cayó, lanzando el maderamen en todas direcciones.

Pero eso sólo fue el principio.

La columna central de perforación, a consecuencia del impacto, se torció y comenzó a aumentar su escora, como seguro anuncio de su inminente caída.

Y entonces ocurrieron dos cosas, simultáneamente. La columna se partió, comenzando a fluir el petróleo libremente, y el calor del motor del coche hizo explosionar la gasolina derramada.

En un instante, toda la columna de petróleo se había convertido en una llamarada que parecía querer alcanzar el gris cielo de Siberia.

Casi sonriendo, René tuvo la seguridad de que, al menos por unos instantes, le dejarían tranquilo.

Vigilando a sus enemigos, se arrastró hasta apoderarse de la metralleta, caída a pocos metros de su cuerpo.

Pero sus precauciones eran innecesarias. Decenas de trabajadores huían enloquecidos del pozo en llamas y de los pozos vecinos, generando una espantosa confusión, aumentada hasta el paroxismo por la lengua de fuego, siempre creciente.

Los del vehículo miraban sin dar crédito a sus ojos, mientras uno de ellos comunicaba por radio a sus superiores los detalles del siniestro.

Sin soltar la metralleta y adoptando un paso que imaginaba como propio de un auténtico guardia, muy preocupado por lo que estaba ocurriendo, René comenzó a alejarse del lugar.

Un equipo de bomberos, equipados con modernos trajes aislantes, se aprestaba a echar algún líquido apropiado para apagar fuegos de petróleo.

El francés dudó seriamente que lograran su objetivo. Pero, naturalmente, no se quedó para ver el resultado.

Caminando lentamente en dirección contraria a la que había llevado antes, y que le alejara de los edificios principales, comenzó a sentirse razonablemente seguro.

¿Quién se iba a acordar de perseguirle, cuando corrían peligro de morir todos abrasados?

En realidad, descubrió con sorpresa, su misión ya había

terminado.

Y con éxito.

Había conseguido entrar en el secreto recinto, hacerse con toda la información necesaria como para elaborar un completísimo informe de lo que allí se hacía y, lo último, pero no lo menos importante, aún estaba vivo y en condiciones de salir y emprender el regreso, para poder presentar el susodicho informe.

Pero en ese preciso instante, vio algo que no le hizo ninguna gracia.

Los Superhombres parecían haber superado la confusión inicial y se estaban reorganizando.

Seguramente como parte de esa reorganización y del «lógico» deseo de encontrar al intruso, que tantas molestias estaba ocasionando, los guardias comenzaban a agruparse frente a la entrada de un gran edificio y dirigidos por varios oficiales.

Un hombre corpulento, con el uniforme de rigor, pero con más insignias y dorados que el resto, contemplaba la maniobra.

René, ahora oculto tras la pared de una pequeña construcción, se dijo que ese fantoche mayor sería el tal Kader, que se permitía amenazar al mundo nada menos que con su destrucción.

Si se acercaba lo suficiente, podría matarlo con una certera ráfaga de su tan útil metralleta...

«Pero —pensó, con cartesiana lógica— de inmediato me matarán a mí. Y lo que es casi peor, otro cualquiera de estos locos ocupará con gran placer el puesto del jefe muerto.»

Además su misión era sólo informativa y la había cumplido con creces. Sólo le restaba despedirse —aunque fuera desde gran distancia— de sus amables anfitriones y reemprender el regreso a casita...

Como siempre ocurre, primero escuchó el ruido del disparo y después que él había sido el destinatario del mismo y que la bala le había dado en un brazo.

Se volvió para descubrir al que le había herido, disponiéndose a volver a tirar.

«Felizmente tiene una pistola y no una metralleta», se dijo René.

Todo había sido tan rápido que el hombre no había tenido tiempo de volver a apuntar, por el retroceso de la pesada arma.

René sí tuvo tiempo de matarle.

Pero ahora todo el ejército de guardias, aún desconcertados por los inesperados disparos, se disponían a marchar sobre él.

No le habían visto, porque aún le ocultaba de los guardias la pared del edificio, pero no tardarían más de un minuto en descubrirle.

Como de costumbre, la mente de René trabajaba aceleradamente, pero ahora no contaba con turismos para lanzar sobre pozos de petróleo…

Y, aun en tan apurados momentos, la herida del brazo comenzaba a dolerle.

Hacia delante tenía a los guardias. Por detrás, el incendio que continuaba con toda violencia. Podía confundirse entre la pequeña multitud de bomberos y operarios, pero para llegar hasta ellos tema que atravesar cincuenta metros de descampado.

«¿Por qué me elegiste, computadora?», preguntó a sus profundidades, en un destello de humor.

Los guardias estaban a pocos metros de su escondite.

No podía avanzar, ni podía retroceder…

Casi se dio un palmazo en la frente. ¿Cómo no había visto antes lo que tenía literalmente ante su propia nariz?

La puerta de la pequeña construcción tras la que se ocultaba.

Aun cuando sólo sirviera para retrasar en minutos el final, valía la pena intentarlo.

Probó la falleba, estaba cerrada con llave. Pero no resistió a su puntapié.

«La fuerza que da la desesperación», se dijo a sí mismo, mientras penetraba en el interior, que estaba a oscuras.

Cerró la puerta tras de sí lo mejor que pudo. Los guardias ya habían encontrado el cadáver de su compañero y se distribuían por el sector, seguros de dar caza al escurridizo enemigo.

Entretanto, René reconocía su nuevo dominio. No parecía ser más que una caseta, cuya finalidad se le escapaba.

La estancia en la que se hallaba, única de la construcción, no tendría más de tres metros de lado y estaba vacía.

«¡Maldita suerte!», se estaba quejando René, cuando su pie tropezó con un inesperado obstáculo.

Se arrodilló para reconocer con sus manos la novedad, mientras la sangre goteaba lentamente de su brazo, y no tardó en lanzar una

exclamación de alegría. La suerte seguía de su lado.

Un reborde de unos cincuenta centímetros de altura protegía la entrada de una escalera.

«Así descienda hasta el infierno, ésta puede ser mi oportunidad», se dijo René, lanzándose por ella.

Descendió una quincena de peldaños de cemento para encontrarse con una puerta, que abrió sin dificultad.

Pero sobre su cabeza una serie de gritos y llamadas de atención le hizo saber que su ruta de escape había sido descubierta.

Esperó, antes de seguir su camino. De inmediato la luz de una linterna y una cabeza aparecieron por la escalera. Disparó una ráfaga hacia ambas.

El apagarse de la luz y un grito de agonía le hicieron saber que había hecho un doble blanco.

Cerró la puerta tras de sí y la aseguró lo mejor que pudo. Sabía que no resistiría un embate en serio, pero de ganar unos segundos dependía su vida.

Cuando estaba asegurando la puerta, su mano dio por casualidad con un interruptor eléctrico. Arriesgándose a ofrecer un inmejorable blanco, dio luz.

Se encontraba en un largo y estrecho corredor, por cuyas dos paredes laterales y el techo corrían los mismos conductos de distintos colores que había visto en el recinto de la pileta. Imaginó que no estaría lejos de ella.

A medida que avanzaba hacia una puerta cerrada, la temperatura se elevaba sensiblemente. Ya no tuvo dudas: se encaminaba directamente hacia la sala de calderas.

Con la sensación de hallarse en una ratonera, apresuró el paso, mientras a su espalda se multiplicaban los golpes a la puerta que él había asegurado.

Por elemental prudencia, aprovechó el primer interruptor que se ofreció a su vista para volver a la oscuridad.

Y fue una medida ajustadamente oportuna porque, con sincronización perfecta, la puerta acabó por ceder.

Ahora la ráfaga fue más prolongada. Al menos dos de sus seguidores cayeron para no volver a levantarse.

La confusión y el retraso generado por sus disparos le permitieron alcanzar la puerta hacia la cual se dirigía.

Esta vez sabía lo que iba a encontrar tras ella y no se equivocó.

También acababa de decidir lo que iba a hacer.

Le molestaba matar a sangre fría, pero no tenía otro remedio.

Los dos engrasadores cayeron casi sin saber de dónde provenían los disparos.

Entonces se cuidó de asegurar debidamente la puerta por la que acababa de entrar. Necesitaba un mínimo de tranquilidad para realizar su tarea.

La llave estaba puesta por el lado interior, por lo que se apresuró a correr el cerrojo. También esta puerta acabaría por ceder, pero aguantaría lo necesario.

Comenzó a estudiar las llaves y las válvulas de una de las calderas. Felizmente para su ignorancia, todas estaban pintadas con los mismos colores. Dedujo que la cañería roja llevaría el combustible y la celeste el agua para la refrigeración, que provenía de la pileta vecina.

Una pequeña y rápida prueba le convenció de su aserto: cerrando la llave de paso celeste, la presión aumentaba lentamente.

Cerró las llaves de paso celestes de las tres inmensas calderas.

La presión de sus enemigos en la puerta aumentaba furiosamente, pero con mayor rapidez aún aumentaba la presión en las calderas.

René no se quedó para contemplar el espectáculo.

A la carrera, pasó al otro recinto y se zambulló en la pileta. La abertura en el enrejado estaba tal como él la dejara, por lo que no le fue difícil pasar al otro lado. Claro que nadar contra la corriente no era nada fácil, pero al menos conocía con exactitud la distancia que debía recorrer hasta llegar a la superficie, y eso le liberaba de la torturante angustia que sufriera al realizar el camino inverso.

Luchaba contra la corriente a seis o siete metros del final del túnel, cuando se produjo la primera explosión. Curiosamente, la fuerza expansiva le llevó sin esfuerzo hasta el exterior.

Allí no cuidó de ocultarse. Abandonó el arroyo que tan útil le había resultado y, en desenfrenada carrera, se dirigió al lugar donde había ocultado el helicóptero.

La segunda y la tercera caldera explosionaron casi simultáneamente, cuando René había recorrido algo menos de un kilómetro.

Volvió apenas la vista para ver lenguas de fuego que se elevaban hacia el cielo, entre una lluvia de escombros que parecían surgir de las entrañas de la tierra.

Ahora todo dependía de la suerte y de la fuerza de sus piernas. Ya no sentía el brazo izquierdo, pero tampoco se acordaba de él.

Cinco kilómetros pueden ser una agradable y hasta descansada mañana de *jogging* o la diferencia entre la vida y la muerte.

René pudo llegar hasta el helicóptero, ponerlo en marcha y elevarse lo suficiente como para ver el hongo atómico producido por la detonación de las bombas nucleares almacenadas, y activadas por la explosión de las calderas, sin ningún riesgo.

Pero todos los Superhombres y los inocentes pobladores de Añadir no tuvieron tanta suerte.

* * *

Tal como lo había planeado. René pudo repostar combustible en la «cueva de Alí Baba», que le alcanzó para llegar hasta las proximidades de Bonn, desde donde la embajada francesa le envió a París sin hacer preguntas.

En el cuartel general de la Fuerza Especial, el general Bertois escuchó atentamente su relato y le felicitó al terminarlo.

Pocos días después se le ascendió a coronel y se le dio de baja en el ejército, asegurándole una digna pensión, todo en el mismo día.

Al día siguiente, René se presentó en casa de Hortense y la invitó a pasar con él el resto de sus días en una pequeña isla del Caribe, a la que llegarían tras un largo y placentero viaje en barco de vela. La chica aceptó encantada.

Contemplando el mar, en una noche de amor y luna, René se lamentó que el mundo ignorara el nombre del que le había salvado de la destrucción.

Pero teniendo como tenía a su lado a la bella y enamorada Hortense, decidió que podría soportar el anonimato.

Entretanto, el mundo seguía buscando otra oportunidad para su autodestrucción.

FIN